

BOLSILEROS BOLIGUERA

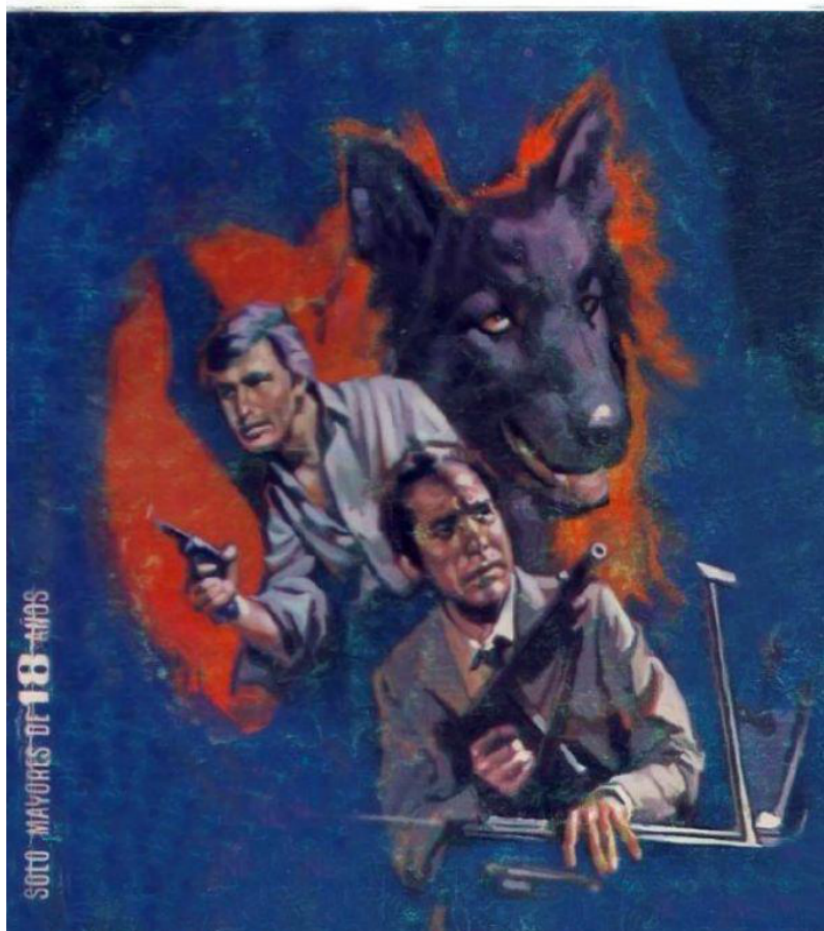
PUNTO

ROJO

LOS OJOS DEL PERRO

Silver Kane

SÓLO MAYORES DE 18 AÑOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

SILVER KANE

LOS OJOS DEL PERRO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 828
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 530 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1978

© Silver Kane - 1978

texto

© Alberto Pujolar - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319—El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.435—¡Matad a la rata!

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 — Infierno, capital: Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014—Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

822 — Saludos para el ahorcado.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

427 — «Buscalíos» Dirk.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78 — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

80—Manchas de sangre en los ojos.

En Colección BRAVO OESTE:

894 — Lo siento por vuestras almas.

CAPÍTULO PRIMERO

El rayo iluminó vívidamente todo el paisaje, haciendo que por unos instantes quedase teñido de una luz espectral y blanca.

Había caído tan cerca que hasta los más remotos rincones de la casa se iluminaron. Y el trueno llegó apenas unos segundos después, tan intenso y brutal que temblaron todos los cristales.

Lord Caniff estaba junto a uno de aquellos cristales.

Su rostro adquirió extrañas livideces a causa del rayo, pero él no se inmutó. Al contrario, sonrió plácidamente, como si aquel espectáculo le gustara.

—Hace una noche de brujas... —musitó.

Y se volvió hacia sus invitados.

Allí estaba lo mejor de la aristocracia de Birmingham y de Norwich, en el centro de Inglaterra. Allí estaban el banquero Sorensen y su esposa; el diputado Ratbone; el concejal Bishop con su querida, aunque la hacía pasar por su mujer; el hacendado Harrison y el industrial Mollowny, acompañados también por unas esposas momificadas y que no tenían ningún atractivo físico, aunque lord Caniff sabía que las secretarias de aquellos dos hombres compensaban con creces las deficiencias del lecho conyugal.

También había dos directores de periódico, unas artistas que luchaban en la cama y fuera de ella por abrirse camino, y un par de chicas monas, de la buena sociedad, que habían aceptado la invitación no se sabía por qué y que asistían a aquella fiesta aburridamente.

—Hace una noche de brujas... —repitió lord Caniff.

—Sí —dijo Bishop—. No creo que resulte cómodo volver a Birmingham con una tormenta semejante. Confiamos en que, después de la magnífica cena con que nos ha obsequiado, usted nos dará también su hospitalidad por una noche, Caniff.

El anfitrión sonrió.

—Claro que sí —dijo—. Por descontado que van ustedes a quedarse en mi casa a pasar la noche, puesto que les invito de todo corazón. Pero de todos modos, con tormenta o sin ella, también hubieran tenido que quedarse.

Todos le miraron sin comprender bien.

Aquella última frase les había parecido poco clara.

Mollowny susurró:

—¿Por qué hubiésemos tenido que quedarnos, aun en el caso de no haber tormenta, Caniff? ¿Para qué?

El dueño de la casa se volvió hacia ellos y dijo tranquilamente:

—Para velar mi cadáver.

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿Qué acaba de decir, Caniff?

—¿Es una broma?

—¿O el champaña francés que hemos bebido se le ha subido a la cabeza antes que a nosotros?

Las preguntas se habían sucedido con la velocidad de una ametralladora, porque a todos les acababan de dejar helados las palabras de lord Caniff. En otras circunstancias quizá las hubiesen tomado a broma, pero había algo en sus ojos que indicaba que no. Que estaba diciendo la verdad, por increíble, absurda y fuera de tono que aquella verdad pareciese.

Además, la noche que estaba haciendo inclinaba a toda clase de pensamientos macabros. La tormenta, el repiquetear de la lluvia, los rayos, los truenos que hacían temblar hasta los cimientos de la casa...

Lord Caniff musitó:

—Les estoy hablando completamente en serio.

—¿Pero se da cuenta de lo que ha dicho? —preguntó Bishop.

—Sí. Que velarán mi cadáver.

—¿Eso significa que va a morir?

—Sí.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

Las preguntas y respuestas se sucedían también ahora con rapidez, mientras los invitados se ponían en pie, guiados por un

oscuro presagio, y rodeaban la alta y distinguida figura de lord Caniff.

De pronto sentían un extraño frío. Todos lo sintieron.

Uno de los directores de periódico, que era también médico, rompió aquella tensión mientras decía, lanzando una carcajada:

—Mire, Caniff, antes de meterme en la política y en el periodismo fui un médico que tenía una fama más que aceptable, y sé distinguir a los enfermos al primer golpe de vista. Usted es un tipo que rezuma salud por todas partes. Tiene una edad que le exige empezar a cuidarse un poco, pero nada más que eso: a sus cincuenta y cinco años, muchos hombres tienen la misma salud que tenían a los treinta, y usted es uno de ellos. No veo ningún motivo, absolutamente ninguno, para que usted tema a la muerte, y mucho menos esta noche.

Caniff se sirvió con mano firme un chorro de *whisky*.

—En efecto, tengo una salud casi perfecta —dijo.

—¿Entonces?

—No obstante, voy a morir.

—¿Pero qué está diciendo?

Lord Caniff musitó, con la mirada perdida en el vacío:

—Me asesinarán esta noche.

Todos sintieron un escalofrío en sus espaldas, no supieron por qué. Un rayo lo volvió a teñir todo con sus resplandores lívidos.

El trueno les pareció más potente, más sobrecogedor que los anteriores. La atmósfera pareció cargarse de electricidad.

Y de pronto Mollowny lanzó una carcajada que sonó a falso.

—Está bromeando —dijo—. Nos ha ofrecido una magnífica cena de cumpleaños, porque es hoy cuando cumple los cincuenta y cinco, ¿no? Pero quizá esté llevando las cosas demasiado lejos, Caniff. Este golpe de efecto sobra. Si quería sorprendernos de verdad, podía haber hecho aparecer de pronto un par de chicas desnudas. Ahora está de moda eso en todas las fiestas.

—O un par de tíos desnudos —protestó una de las chicas—. ¿Por qué no?

Todos rieron procurando alegrarse, pero sus risas sonaban a falso, a mentira. Las bocas se fueron quedando serias y rígidas al ver la mueca casi espectral, casi helada, en la cara de lord Caniff.

Éste musitó:

—Yo soy el heredero del séptimo lord Caniff.

—Sí. ¿Y qué? —preguntó el director del periódico—. Eso ya lo sabíamos.

—Parece mentira que lo pregunte usted, cuando debiera estar enterado de todos los chismes y de todas las historias que circulan por la comarca. Usted sabe perfectamente que sobre mi familia pesa una maldición.

El octavo lord Caniff, es decir, yo, debe morir asesinado la noche en que cumpla los cincuenta y cinco años.

El periodista torció los labios en una mueca.

—Ésa es una vieja leyenda que a veces las familias distinguidas de la región comentan —susurró—, pero de verdad nadie cree en ella. Se la menciona sólo para pasar el rato las noches de invierno.

—Sin embargo, existe —dijo lord Caniff.

—Hay muchas cosas que existen y sin embargo nadie les da importancia. Un hombre culto como usted no debería dar crédito a semejantes patrañas, Caniff.

—Esas «patrañas» son la historia de mi familia.

—De acuerdo, pero la historia de las familias con más de tres siglos de antigüedad, están llenas de insignes sandeces. Nadie cree en ellas, pero supongo que se mantienen para dar un poco de salsa a las crónicas familiares, que de otro modo resultarían muy aburridas. Es lógico que usted sienta un poco de aprensión, Caniff, pero me parece que lo que le ocurre es más sencillo: usted se ha dejado impresionar por esta tormenta. Reconozco que es una de las más espectaculares que he visto, como si aquí hubiera de filmarse una película de terror, pero no hay que darle ninguna importancia. Mañana el cielo estará despejado y ya no nos acordaremos de esto.

Como si el tiempo quisiera quitarle la razón, un horrísono trueno volvió a conmover hasta los cimientos de la casa. La luz lívida del relámpago les envolvió con tal fuerza que a más de uno le hizo saltar hacia atrás.

El único que no se movió fue lord Caniff.

Su rostro estaba imperturbable, hierático.

En ciertos aspectos, parecía el de una momia.

Todos le miraron como si fuese un aparecido, como si de pronto tuvieran la sensación de que no conocían a aquel hombre.

Con voz espectral, lord Caniff musitó:

—Sé perfectamente que voy a morir. Esta misma noche ha de llegar a la casa la persona que tiene que asesinarme.

Todos le miraron como alucinados durante largos instantes, pero al final el hacendado Harrison musitó:

—¿Venir alguien con una noche como ésta? ¿Qué diablos dice, Caniff? ¿Quién va a venir?

—Mi asesino. O mi asesina.

Todos quisieron volver a reír de nuevo, para quebrar aquel momento de tensión que no les gustaba, que les crispaba los nervios.

Pero fue entonces cuando lo oyeron, en un momento de calma entre los truenos.

Fue entonces cuando captaron perfectamente el ruido del motor del coche que se detenía ante la casa.

CAPÍTULO II

Otro trueno conmovió la sala.

Los cristales vibraron.

La luz del rayo lo llenó todo con una claridad lívida y mortal, esa claridad que debe existir en las llanuras del otro mundo.

Ahora, de pronto, nadie hablaba.

Todos sentían un raro nudo en sus gargantas, todos se daban cuenta de que, de un modo u otro, acababan de penetrar en el Más Allá.

Fue Ratbone, el diputado, el que musitó:

—Ha llegado alguien...

—Mi asesino —dijo Caniff, con una extraña serenidad, como si ya aceptara de antemano la idea de la muerte.

—No diga tonterías —gruñó Bishop—. Todo esto son casualidades.

—Y en seguida lo comprobaremos —dijo Kendall, el director de un periódico de Birmingham—. Vamos a ver quién ha llegado.

Fueron a dirigirse todos a la planta baja, pero una de las chicas musitó:

—Por favor, no dejen sólo a lord Caniff...

Fue la primera señal que tuvieron de que todo iba mal. De que empezaban a creer de verdad en aquella maldita leyenda.

Un par de hombres se quedaron, en efecto, con lord Caniff, quien no había hecho un solo movimiento, mientras los demás iban a la planta baja. Aún no había llamado nadie a la puerta, y en consecuencia los dos criados que estaban encargados de la recepción se mantenían tranquilamente aguardando en unas sillas, cerca de la entrada.

Fue Kendall quien abrió la puerta.

Las ráfagas de lluvia saltaron sobre su cara. Tuvo que dar un paso atrás para no quedar empapado.

Pero vio perfectamente el coche que acababa de detenerse ante la casa, y entonces estuvo a punto de lanzar una carcajada.

—¿Pero qué es esto? —barbotó—. ¿Clay? ¿Clay un asesino?

El hombre que acababa de cerrar el coche, protegiéndose como podía de la lluvia, corrió hacia el portalón de entrada a Alone Manor. El coche, que estaba pintado de rojo para llamar más la atención, llevaba la siguiente inscripción en las dos portezuelas traseras: «*The Evening News*, el mejor periódico del Centro».

El que acababa de descender, acercándose a Alone Manor, parecía cualquier cosa menos un asesino. Tenía pinta de atleta, vestía con una deportiva despreocupación, contaría unos treinta años y tenía la sonrisa fácil de los que se hacen simpáticos a todo el mundo sin in tentarlo. Al ver allí al director de su periódico hizo una mueca.

—Hola, señor Kendall —dijo—, ¿qué es eso de llamarme «asesino»?

—No sabe usted qué susto nos ha dado, Clay.

Y lo presentó a los demás, cuando estuvieron a salvo de la lluvia y hubieron cerrado la puerta.

—Éste es Clay, uno de mis reporteros de política internacional —dijo—. También se ocupa de espectáculos, porque el periódico es pequeño y no tengo en él demasiada gente. La verdad es que no le esperaba en una nohecita como ésta, pero según ven todos ustedes, no tiene pinta de asesino.

Clay les miró a todos con expresión de no haber entendido una sola palabra.

—¿Asesino? —preguntó—. ¿Por qué he de tener yo pinta de asesino, maldita sea?

Todos sintieron ganas de reír.

De pronto la tensión se había relajado. Bastaba con ver a aquel hombre joven, optimista, para darse cuenta de que las aprensiones de lord Caniff no eran más que estúpidas leyendas.

—¿Eh? —preguntó Clay—. En la vida me ha llamado usted de todo, director: desde gandul a marica, desde burro a cornudo, aunque no me he casado todavía. Pero eso de que soy un asesino no me lo había dicho aún. ¿Qué pasa? ¿Es que se ha inventado un nuevo truco para no aumentarme el sueldo?

El director negó con la cabeza.

—Nada de eso, Clay. Todo tiene su explicación, y yo le contaré lo que necesite saber. ¿Pero a qué diablos ha venido?

—A matar no, desde luego. He venido porque me lo mandó usted, «dire». ¿Es que ya no se acuerda? Me dijo que me acercara por aquí a decirle si habíamos podido incluir en la última edición el resultado de las elecciones comarcales. No hay como ser director para que otros te hagan el trabajo, ondia.

Kendall chascó dos dedos.

—Guarde sus comentarios para otro momento, Clay. Y de ese aumento de sueldo, nada, oiga. Bueno, ¿pero han entrado en página los resultados de las elecciones comarcales o qué?

—Sí. Se hizo ya el escrutinio del noventa por ciento de los votos, de modo que la cosa la podemos dar por definitiva.

—De acuerdo. Tome una copa con nosotros, porque imagino que el viajecito desde Birmingham debe haber sido de alivio. ¿Va bien un «Chivas»? Sí, ya sé que un «Chivas» siempre va bien. Bueno, tome, Clay. Usted no se lo merece, pero no soy yo el que paga, sino el dueño de la casa. Y a propósito del dueño de la casa... Voy a explicarle qué significa eso de que usted es un asesino.

Pasaron a la inmensa biblioteca, que estaba contigua al vestíbulo, y allí tomaron asiento en los elegantes butacones de cuero rojo. Con breves palabras, el director del *Evening News* explicó a su redactor lo que había ocurrido arriba pocos minutos antes. Lo de la seguridad que tenía lord Caniff de ser asesinado y todo eso.

Clay escuchaba con una mirada incrédula.

—Todo el mundo ha oído hablar de esa leyenda... —dijo—, pero la verdad es que nadie hace maldito caso. Es una de tantas patrañas que circulan por las zonas de familias antiguas, donde cada uno quiere tener una historia más larga y curiosa que la de los otros.

—Pues por un momento, al llegar usted, pensamos que lord Caniff estaba diciendo la verdad —musitó el diputado Ratbone—. Decir él que iba a llegar su asesino y oír el motor del coche fue todo uno.

—Simples casualidades —musitó Clay.

—Sí, claro, eso es... —balbució Ratbone—. Casualidades estúpidas: la noche, las aprensiones de lord Caniff, la tormenta... Me parece que no me voy a quedar aquí. Tomaré mi coche y

volveré a Birmingham ahora, aunque las carreteras estén intransitables. Si Clay ha llegado, también puedo llegar yo.

—¿Su coche? —murmuró Clay—. No creo que llegue.

—¿Y por qué no?

—Hombre, eso salta a la vista, señor Ratbone. Entre los varios automóviles que tiene, ha ido usted a elegir el peor en una noche como ésta.

—¿Qué diablos dice de automóvil peor?

—Caray, ese cacharro de «Anglia» que está cerca de la entrada tiene más de veinte años.

—¿Qué dice?

—Eso: el «Anglia». ¿No es suyo, señor Ratbone?

—No, claro que no es mío. Yo he venido en un «Jaguar». Los coches de todos los invitados están resguardados en los sótanos de la casa, transformados en garaje. Por eso no ha podido ver ninguno.

—Pues he visto uno —dijo Clay—. Casi me he parado junto a él cuando llegaba, pero al final me he acercado más a la puerta.

Aquellas simples frases, dichas en un tono más bien trivial, les dejaron a todos helados.

De pronto, la misma sensación de frío recorrió sus espaldas.

Por un momento se miraron a los ojos.

Fueron incapaces de hablar.

Fue al fin el propio Kendall el que susurró.

—¿Dice que... hay otro coche ahí fuera, Clay?

—Pues claro... Se lo acabo de explicar. Un «Anglia» de lo más anticuado, que debe tener quizá unos veinte años.

—Ninguno de nosotros ha venido en un «Anglia» —dijo suavemente Ratbone.

—No... Nadie.

—Pues entonces eso significa que...

Alguien musitó:

—¿Qué?

Pero la respuesta estaba bien clara. Todos la tenían en su mente, aunque nadie se atrevía a expresarla. Por fin fue Harrison el que musitó:

—Eso significa que alguien más ha llegado aquí...

—Alguien que no conocemos...

—Y justo cuando lord Caniff lo decía...

—Alguien que...

Los pensamientos estaban bien claros, aunque nadie se atrevía a expresarlos:

¡Alguien que había venido a matar!

Y de pronto, coincidiendo con un horrísono trueno, se apagaron todas las luces de la casa.

Quedaron envueltos en tinieblas.

Unas tinieblas que sólo fueron rotas por la lividez del relámpago. Unas tinieblas que venían, que les envolvían a todos en una especie de ritmo diabólico.

Y entonces oyeron aquel grito alucinante que llegaba de arriba.

Aquel grito que lo significaba todo:

—*¡Socorro!* ¡Lord Caniff acaba de desaparecer!

CAPÍTULO III

Casi coincidiendo con aquel grito, oyeron el aullido del perro.

No sabían que hubiese un perro allí. Nadie lo había visto. Lógico es que una casa de campo inglesa, como Alone Manor, tenga perros, pero nadie había pensado hasta entonces en su existencia. El aullido pareció llegar a ellos desde muy lejos, desde el fondo de un mundo desconocido, y se sintieron estremecer.

Fue Clay el primero en reaccionar, quizá porque era el que estaba menos influido por aquel ambiente.

—¡Pronto! ¡Arriba!

Subieron todos en tropel. Y entonces, en la sala donde habían estado conversando antes, vieron a dos de los hombres que se habían quedado haciendo compañía a lord Caniff y a las chicas invitadas a la fiesta, que también habían permanecido allí. Las pertenecientes a la buena sociedad parecían las más asustadas. Las aspirantes a *starlet* que habían venido en busca de una oportunidad parecían, en cambio, completamente absortas. En la sala, sin embargo, todo estaba en orden, y su ambiente hubiese podido parecer normal de no ser por una cosa: lord Caniff ya no estaba allí.

Harrison balbució:

—¿Qué pasa? ¿Se ha caído por la ventana?

Pero no podía ser. La ventana estaba cerrada.

No se veía ni rastro del dueño de la casa. Parecía como si se lo hubiera tragado la noche.

Ratbone musitó:

—¿Pero cómo ha podido desaparecer? ¿Dónde estaba?

—Ahí, junto a la ventana.

—¿Y hacia dónde fue en el último momento?

—Dio dos pasos en dirección a esa librería. Ahí, junto a esa butaca de respaldo tan alto. Luego se esfumó.

Clay quiso sonreír.

—En fin —dijo—. Seguro que está detrás de la butaca. Se habrá puesto nervioso y...

Fue hacia allí. Apartó la butaca.

Pero nada.

Era cierto que lord Caniff había desaparecido.

No existía ninguna puerta cerca. No existía más que el inmenso mueble-librería, sólido como Dios. Lo único relativamente cercano era la ventana, pero la ventana estaba cerrada.

Harrison musitó:

—El dijo que... que asistiríamos a sus funerales.

—No podemos asistir a sus funerales si no está muerto —dijo Clay, queriendo quitarle hierro al asunto.

—Pero tampoco podemos decir que está vivo.

Todos se miraron atónitos, sin saber realmente qué pensar. Y entonces oyeron nuevamente el aullido del perro.

Uno de los criados entró en la sala. Estaba pálido como un muerto.

—Es «Ringo» —musitó.

—¿Qué?

—«Ringo», el perro. Negro como el carbón y con el diablo dentro. Eso decían: que llevaba el diablo dentro. Tenía unos ojos tan extraños, tan quietos que... ¡les juro que eran unos ojos que a veces parecían los de una persona que te estuviese amenazando! Cuando desapareció, todos nos sentimos aliviados.

Clay murmuró:

—¿Es que ha desaparecido?

—Sí.

—¿Y cómo es que aúlla ahora?

—Porque ha vuelto.

—Bueno... Todos los perros acaban volviendo a la casa de sus dueños si no los atropella un camión, ¿verdad?

—Sí, pero lord Caniff siempre dijo que el regreso de «Ringo» coincidiría con el momento de su muerte.

Todos los que estaban allí sintieron un nuevo estremecimiento. Demasiadas cosas empezaban a coincidir. Se miraron en silencio, sin entender absolutamente nada.

Fue Ratbone el primero en reaccionar esta vez. Dijo con voz opaca:

—Hay que buscarle.

—Eso estamos pensando todos —le apoyó Clay— pero ¿por dónde? ¿Quién conoce esta casa?

—Yo —dijo el director—, yo mismo. He estado muchas veces aquí.

—Oiga, «dire» —murmuró Clay, asaltado por un súbito pensamiento—. ¡Ésta es una noticia bomba! ¡Podemos hacer un cambio de edición y darla en la primera plana!

—Dios me libre de hacer eso. No quiero caer en el ridículo, Clay.

—¿Qué ridículo?

—Lord Caniff aparecerá; le veremos todos muy pronto...

—De acuerdo, pero entonces lo mejor será empezar a buscarle, ¿no?

Los que estaban allí hicieron gestos afirmativos.

Decidieron pasar todos a la acción. Había que actuar de prisa.

Fue el propio Ratbone el que salió primero.

Porque, de repente, la luz había vuelto. Al parecer, había sido un corte transitorio producido por el rayo. Las estancias volvían a estar bien iluminadas y eso les permitía buscar, buscar...

Ratbone salió al vestíbulo posterior y llegó a las solemnes escaleras en una de cuyas paredes se alineaban los retratos de los antepasados.

Y de repente vio la figura.

La figura estaba allí.

Quieta, erguida.

Recortándose en una de las ventanas superiores.

Ratbone alzó la cabeza para mirar mejor mientras balbucía:

—Pero... Pero si...

No tuvo tiempo de decir más.

De pronto la flecha rasgó el aire.

Certera.

Implacable.

La punta se clavó hasta el fondo en el corazón de Ratbone, mientras sonaba un seco chasquido.

De la garganta del hombre escapó un gemido gutural.

Sus tobillos vacilaron. Dio una extraña vuelta sobre sí mismo.

Y, mientras alzaba los brazos al aire, cayó rodando escaleras abajo. Quedó hecho un ovillo bajo los cuadros de los antepasados,

bajo sus caras sin expresión, bajo las cifras que representaban el día de su muerte.

Bajo las miradas indiferentes de los que ya estaban en el Más Allá. Esperándole.

CAPÍTULO IV

Otras personas habían salido detrás de Ratbone, pero no llegaron a ver la figura en la alta ventana ni llegaron a ver el flechazo. Sólo se dieron cuenta de la patética caída, mientras a todos les rodeaba la misma angustiosa sensación de muerte.

Clay fue de los primeros en llegar junto a Ratbone. Le levantó la cabeza y le tomó el pulso inmediatamente.

Kendall, el director de su periódico, llegó junto a él.

—¿Qué...? —musitó.

—No lo entiendo. Está muerto.

—¿Por qué no lo entiende? Veo que la flecha le ha alcanzado en el centro exacto del corazón.

—Cierto. Y además es una flecha antigua, muy pesada, una flecha de hierro, pero sólo hace unos segundos que le ha alcanzado, y en unos segundos ese hombre no debería haber muerto. Yo me inclino a creer una cosa...

—¿Qué?

—La punta de la flecha está envenenada.

Kendall, que también era médico, hizo un gesto de incertidumbre, pero al final se inclinó ante la realidad. Sí, tenía que ser eso. Una mirada a los ojos del cadáver le indicó que la muerte se debía a algo más que el simple trauma físico, al introducirse en el miocardio la punta de la flecha.

—Esto es algo más que la desaparición de lord Caniff —musitó—. Esto es un sucio asesinato.

—Me temo que sí, Clay.

—¿Va a cambiar ahora la primera plana?

—He de hacerlo. Se trata del notición más importante del año.

—¿Quiere que vaya yo?

—No —dició Kendall—, iré yo mismo. Necesitaré sacar a varios redactores de los que ya están en cama y hacer que se

cambien al menos dos tejas de la rotativa. He de ocuparme de eso en persona. Usted, en cambio, es el mejor reportero que tengo, Clay, y me resultará más útil aquí, enviando por teléfono crónicas de lo que vaya sucediendo. Prométame que me llamará antes de una hora, cuando yo ya haya llegado a Birmingham.

—Prometido, «dire». Y oiga...

—¿Qué?

—Es la primera vez que me dice que soy un buen reportero, maldita sea.

Kendall se alejó mientras barbotaba:

—De acuerdo, pero del aumento de sueldo, nada.

Un momento después se lo había tragado la noche. Lo que estaba haciendo era irregular, porque tenían que estar todos allí cuando la policía llegase, pero Kendall era de esos tipos que están por encima de toda sospecha. Nadie le acusaría a él de haber cometido el crimen.

Todos los demás se habían reunido en torno al cadáver.

Estaban atónitos, lívidos.

Una atmósfera de incredulidad y de muerte flotaba sobre sus cabezas.

Una de las chicas de la buena sociedad que había ido allí por si caía alguna emoción fuerte, sintió que todo empezaba a dar vueltas en torno suyo. Con la boca torcida en una mueca, cayó también escaleras abajo.

Todos la miraron, pero no fue por si se mataba o no. Lo único que estaban pensando mientras lo enseñaba todo en su caída era: «Lleva las braguitas transparentes...»

Sorensen, el banquero, balbució:

—Hay que llamar a la policía...

—Yo me encargaré de eso —dijo el hacendado Harrison.

Y corrió hacia uno de los teléfonos, pero todos sabían que la policía tardaría en llegar. El puesto más cercano estaba a diez millas, y con la tormenta parte de las carreteras comarcales habrían quedado intransitables. Quizá por eso fue Bishop el que tomó una decisión, recordando la frase que tantas veces debía haber oído en las películas:

—¡Que nadie toque nada!

—En efecto, nadie va a tocar nada —dijo Clay—, pero yo voy a

registrar esta casa aunque no la conozca. Si he de telefonear una crónica cuando el «dire» haya llegado a Birmingham, necesitareé saber al menos en qué ambiente me muevo.

Y salió también de allí.

Nadie se ocupaba de nadie en la casa. Los criados estaban consternados. Los invitados de lord Caniff no sabían qué hacer. Clay comprendió que por unos momentos podría moverse a sus anchas.

Tenía ante sus ojos la enorme Alone Manor, nombre que podía traducirse por Casa Solitaria o Casa de la Soledad.

Un enorme imperio de treinta habitaciones, sin contar los desvanes y los sótanos, donde lord Caniff gastaba las últimas riquezas acumuladas por su familia a lo largo de los siglos. Rodeado de criados, de obras de arte, de paz, lord Caniff era uno de los pocos hombres que aún pueden gozar de la tranquilidad en este mundo. O al menos la había gozado hasta entonces.

Soltero y sin problemas, lord Caniff había sido, sin embargo, víctima de una cosa: la maldición que envolvía a su familia.

Clay pensaba en todo eso mientras se dirigía a las habitaciones superiores por medio de una escalera secundaria. No se oía en toda la casa nada, excepto... excepto los aullidos del perro.

Porque hasta los truenos habían cesado de pronto.

De no ser por los largos aullidos del can, un silencio espectral hubiese envuelto la casa entera.

Clay se encontró en un largo pasillo.

De pronto, la soledad le sobrecogió.

Puertas y más puertas cerradas.

Penumbra.

Y, encima de todo aquello, una oscura sensación de muerte.

Abrió una de las puertas y vio que correspondía a un dormitorio. Más o menos, todas las demás habitaciones debían tener igual destino. Sin embargo, abrió la segunda para cerciorarse, y entonces la vio.

La chica que estaba allí.

Mirando hacia la puerta.

La chica era alta y llenita.

Soberbia.

Y algo más:

Lo que se dice despelotada.

Sin nada encima, vamos.
Nada...
Como para caerse muerto.

CAPÍTULO V

Clay no se cayó muerto porque era joven, porque tenía nervios bien templados y porque (todo hay que decirlo) no era la primera chica despelotada que veía. Había visto muchas, pero como ésta, no. Como ésta ninguna, cuerno. Era excepcional.

Balbució, cuando pudo hablar:

—¿Quién es usted?

Ella se había acucillado a toda prisa detrás de la cama, de modo que quedaba cubierta en parte, aunque seguía enseñando los poderosos senos con mucha prodigalidad. Le miró tan asustada como si estuviera dispuesta a saltar por la ventana.

Pero Clay hizo un gesto tranquilizador.

—No se alarme —dijo—, estoy aquí para ayudarla.

¿Para ayudarla en qué? Bueno, eso importaba poco.

En aquel breve intervalo de tiempo se había dado cuenta de algunas cosas. Por ejemplo, de que la chica no iba en cueros por gusto ni por buscar un planillo, sino porque había tenido que quitarse la ropa empapada, so riesgo de atrapar una pulmonía. Todas sus prendas se veían puestas a secar sobre uno de los radiadores de la calefacción, desde el vestido oscuro a las prendas interiores, los sostenes y las medias. Clay cerró la puerta a su espalda e hizo un nuevo gesto que quería ser amistoso.

—¿Quién es usted? —repitió.

—Me llamo Glenda. ¿Y usted?

—Yo me llamo Clay, pero no tema, porque no soy el dueño de esta casa. No la pondré en un compromiso, créame. ¿Pertenece usted al servicio? No me diga que es «una chica para todo»...

—No.

—Lástima. ¿Ha venido de fuera?

—Sí, eso es. He venido de fuera.

—¿En una noche como ésta?

—Una no siempre puede elegir las noches en que tiene que viajar.

Clay produjo un chasquido con su lengua.

—Oiga... ¡Ahora que lo pienso! ¿Usted ha venido aquí en un viejo «Anglia»?

—¿Cómo lo sabe?

—Es que lo he visto antes. Precisamente me ha llamado la atención por lo viejo que era.

—He llegado en ese «Anglia», efectivamente —dijo la muchacha.

—¿Y por qué? ¿Cuál es la razón del viaje?

—Un asunto privado.

¿Fue entonces cuando Clay se estremeció realmente? ¿Fue entonces cuando empezó a pensar que quizá lord Caniff había tenido razón?

¿Qué hacía aquella mujer allí?

¿Era ella la enviada de la muerte?

¿Se había cumplido la maldición?

Todos aquellos pensamientos asaltaban a Clay como una brusca pesadilla, haciéndole perder su habitual sangre fría. De repente tuvo la sensación de que lo sobrenatural existía realmente y de que él estaba envuelto en el misterio como en una tela de araña. Pero la voz de la muchacha le sacó de sus condenados pensamientos.

—Comprendo que es muy extraño encontrarme así —susurró ella—, pero todo tiene su explicación. Como no conocía la casa, he estacionado el coche lejos de la puerta, y al tener que recorrer unas cuantas yardas me he puesto empapada de agua. Por eso he puesto mis cosas a secar y he decidido esperar hasta mañana antes de presentarme a lord Caniff.

—¿De qué le conocía usted?

—Le he dicho antes que es un asunto privado.

Clay se mordió el labio inferior nerviosamente, mientras otra vez le acometía aquella brusca sensación de pesadilla. El solo hecho de que Glenda estuviese allí parecía dar la razón a todos los locos temores del hombre que acababa de desaparecer. Pero sus pensamientos no pudieron seguir adelante porque en aquel momento llegó Bishop, el concejal del Ayuntamiento de Norwich.

También él quedó atónito al ver a la chica.

Los ojillos le brillaron sin que pudiera evitarlo.

El tío se puso cachondo en medio minuto.

—¿Quién es? —balbució.

—Una chica que ha llegado a la casa de pronto —explicó Clay—. Es la que venía en el «Anglia».

—No..., no es posible.

—¿Y por qué no? Parece que todo va concordando, Bishop.

—¿Concordando en qué sentido?

—En que lo que dijo lord Caniff era verdad.

—¿Que era verdad la maldición?

—Bueno, en ciertos aspectos —murmuró Clay— no sé qué creer, aunque si todas las maldiciones tienen la cara de esa chica, por mí pueden llegar cuando quieran...

Glenda asistía atónita a aquel diálogo que no entendía o que quizá entendía muy bien. Eso fue algo que no pudieron comprobar ahora. Pero cuando iban a hacerle alguna pregunta más, se oyó el motor de otro coche junto a la puerta.

La policía había llegado antes de lo que calcularon. Seguramente el aviso había sido enviado por radio a un coche que estaba cerca.

Bishop fue el primero en volverse, mientras una expresión de alivio asomaba a su rostro.

—Pronto podremos aclarar todo esto —dijo—. Maldiciones aparte, seguro que la policía lo resuelve en una hora.

En efecto, los agentes estaban ya allí. El encargado de recibirles fue Sorensen, el banquero, por el hecho de que conocía a todo el mundo en la comarca y todo el mundo le conocía a él.

—Ha sido espantoso, Mark —dijo, dirigiéndose al inspector que llegaba—. No sabe cuánto celebro el que hayan llegado tan pronto.

—Veníamos del levantamiento de un cadáver tras un accidente de coche cuando nos han llamado por radio —explicó el inspector—. Como estábamos cerca, hemos venido inmediatamente. ¿Pero qué es eso tan espantoso que explica? ¿A alguien se la ha indigestado la cena del cumpleaños de lord Caniff?

Estaba claro que no se tomaba nada de aquello en serio. Pero le bastó mirar mejor la expresión de Sorensen para darse cuenta de que allí había ocurrido algo que ni siquiera podía imaginar. Indicó a sus hombres que corrieran hacia el interior de la casa, para guarescerse de la lluvia, y un momento después se había cerrado de nuevo el portalón a sus espaldas.

Mark indicó a los dos hombres que le habían acompañado en el coche patrulla:

—Spencer, monte guardia aquí e identifique a todo el que entre o salga. Usted, Norman, acompáñeme.

Y en seguida preguntó, con voz que quería ser animosa:

—¿Qué ha ocurrido?

No necesitó más que mirar las solemnes escaleras para ver el cuerpo sin vida del concejal Ratbone. De pronto, la cara de Mark se volvió del color de la cera.

—¿Pero qué es eso? —balbució.

—Le he dicho que había ocurrido algo espantoso, Mark, y que celebraba que usted y sus hombres hubieran venido tan pronto. Pero lo que está viendo es sólo una parte de la realidad.

—¿Es que aún ocurre algo más?

—Vayamos a la biblioteca y se lo explicaré. Hay tantos testigos como quiera.

Pasaron todos a la enorme sala. Sus pisadas producían un ruido furtivo y lejano, como el de una procesión de fantasmas.

Clay había entrado con todos los demás. Estaba decidido a no decir nada de la muchacha a la que acababa de sorprender, o al menos a no decirlo hasta que empezaran a aclararse algo las cosas, pero no podía evitar que vibraran sus nervios.

Mark, un hombre de experiencia en el oficio, pues ya llevaba cuarenta años en la policía, murmuró:

—¿Qué ha pasado, además de lo que ya he visto, señor Sorensen? ¿Es que le parece poco?

—Lord Caniff ha desaparecido.

—¿Es que no estaba con ustedes?

—Sí, claro que estaba con nosotros, y eso es lo que hace más increíble la situación. Estaba con nosotros y de repente se ha esfumado como si... ¡como si se lo hubiese tragado la noche! ¡Como si se lo hubiera llevado la tormenta!

—¿Quiere decir que lo han visto en la habitación y de repente ya no lo han visto?

—Eso es, Mark. Ya sé que le parecerá increíble, pero lo que acaba de ocurrir es justamente lo que usted está diciendo.

—¿Y luego han matado a Ratbone?

—Sí.

—¿Con una flecha antigua, una flecha medieval hecha de hierro?

—Celebro que se haya dado cuenta, Mark. En efecto, es una flecha de esa clase, una flecha que hoy nadie usaría.

—¿Se da cuenta de la clase de arco que hace falta para lanzar una flecha de esa clase? Tiene que ser también un arco de la Edad Media, un arco muy pesado y que muy pocas personas sabrían usar hoy día.

—Claro que me doy cuenta —murmuró Clay, interviniendo por primera vez—. En esta casa hay bastantes trastos de esa clase, porque lord Caniff es, o «era», muy aficionado a coleccionar armas antiguas, pero para manejarlas hace falta una maestría que hoy la gente no tiene. Y si sólo se tratara de eso aún podríamos considerarnos afortunados, Mark.

Los dos hombres se conocían porque Clay, como periodista, había estado muchas veces en contacto con la policía. Mark hizo un gesto de extrañeza.

—¿Dónde está el director del periódico? —preguntó.

—Kendall ha ido a toda prisa a Birmingham a cambiar la primera plana para poder dar la noticia.

—¿Y qué ha dicho con eso de que podríamos considerarnos afortunados? ¿Es que aún ocurre algo más?

—Parece que existe una maldición, Mark, y que en esa maldición está envuelto lord Caniff.

—¿De qué puñeta está hablando? ¿Es que cuando hay una noche de tormenta la gente tiene que ponerse a pensar en las brujas?

—No se trata sólo de una noche de tormenta. Yo también me reía hace poco, pero ahora he empezado a no reírme. Oiga esto, Mark.

Y le contó lo que sabía acerca de la maldición que parecía pesar sobre el último de los Caniff. En el silencio de la inmensa biblioteca, sus palabras resonaban quedas y un poco fantasmales. Mark las escuchó al principio con incredulidad, pero luego sus facciones se fueron volviendo de un extraño color gris.

Al final balbució:

—Ahora recuerdo que había oído hablar de eso. Son historias que circulan por ahí, pero uno no las cree hasta que se encuentra en una situación como ésta. De todos modos, no me voy a tragar eso de

que lord Caniff tenía que morir.

Y se dirigió al teléfono que estaba en un ángulo de la biblioteca.

—Haré venir a todos los hombres disponibles —dijo—. Antes de que amanezca habremos aclarado esto.

Clay musitó:

—Antes de que amanezca...

No sabía por qué, pero pensaba que aún faltaban demasiadas horas para que llegase la luz. Y que quizá aquel amanecer en el que tanto confiaban no llegaría nunca.

CAPÍTULO VI

Los rayos seguían cruzando el espacio en todas direcciones. La luz espectral, lívida, fantasmal, lo llenaba todo. La lluvia seguía azotando los cristales emplomados, deslizándose por los goterones, produciendo en los patios interiores de Alone Manor un sonido gutural, hueco, hondo...

Desde Birmingham habían acudido dos coches patrulleros más, con cuatro agentes cada uno, además del forense. Esos ocho agentes eran técnicos en fotografía y en huellas, de modo que se dedicaron a una serie de tareas rutinarias y lentas: obtención de fotos desde diversos ángulos, medición de distancias, extracción de moldes para posibles huellas, colocación de polvo de aluminio en pomos y muebles... Toda esa tarea lenta y meticulosa requería horas. Los éxitos de la policía rara vez se deben a la inspiración; al contrario, suelen requerir una serie de observaciones incansables y una gran acumulación de datos.

Mientras tanto, Mark había tornado una medida lógica: cada uno de los invitados de lord Caniff debía ocupar una habitación y no moverse de ella, para no interferir en el trabajo de la policía. En caso de necesitarlos para ser interrogados ya se les avisaría.

Por lo tanto, en Alone Manor tuvieron que quedarse una serie de personas.

Sorensen, el banquero.

Bishop, el concejal.

Harrison, el hacendado.

Mollowny, el industrial.

Y Clay, el periodista.

También estaba Glenda, pero de Glenda, por el momento, nadie sabía nada.

Encerrado en la habitación que acababan de asignarle, Clay daba pasos nerviosos, como un león enjaulado. El no había dicho

nada de Glenda porque no quería comprometerla, y también porque su instinto le decía que detrás de aquella muchacha podía estar el reportaje de su vida. Pero sobre todo era por no envolverla en aquel misterio.

Lo que le extrañaba era que Bishop, que también la había visto, no hubiese dicho nada tampoco. ¿Era igualmente deseo de no comprometerla? ¿O tal vez el concejal del Ayuntamiento de Birmingham *tenía miedo*?

¿Quizá no hablaba porque veía en aquella chica una especie de maldición, y las maldiciones es mejor guardarlas lejos?

Lo cierto era que Clay no tenía idea de dónde podía encontrarse la chica ahora. Daba una y cien vueltas a su extraña aparición, mientras buscaba para lo que estaba ocurriendo en la casa una explicación que no existía.

De pronto sus pensamientos se rompieron.

La puerta se estaba abriendo.

Y Clay vio entonces algo que mucha gente hubiera deseado ver. La chica se había puesto las braguitas encima, pero nada más. Y como las braguitas eran transparentes, la cosa se estaba poniendo para dar saltos.

Glenda musitó:

—Es la única cosa que se me ha secado.

El resto de las prendas lo llevaba en una mano.

Clay sintió que hubiera necesitado veinte ojos para mirar tantas maravillas juntas. Sintió un nudo en la garganta mientras balbucía:

—Cierra.

Ella terminó de pasar. En el silencio cómplice de la habitación, alzó un poco la ropa mojada para taparse aunque sólo fuese los opulentos senos.

Glenda susurró:

—Todo está lleno de policías y no quiero que me encuentren. He estado oculta en un armario hasta que he oído que a ti te daban la habitación catorce. Por eso he venido aquí, porque necesito confiar en alguien.

A Clay se le había borrado el recuerdo de la maldición al ver las curvas de la chica, pero ahora los malditos pensamientos volvieron a él. Susurró:

—¿Por qué no quieres que te encuentre la policía?

—No deben saber que estoy aquí.

—¿Y por qué no?

—Es un asunto privado.

—Antes también me has hablado de un asunto privado —dijo Clay—. ¿Qué clase de asunto es ése?

—Por ahora no te lo puedo decir; lo siento. Me doy cuenta de que estoy pidiendo tu ayuda sin darte nada a cambio, pero te ruego que confíes en mí. Antes me he dado cuenta de que eres una persona dispuesta a ayudar a la gente.

—No sé si podré ayudarte demasiado, muñeca, por que las cosas se están poniendo más que feas, pero lo intentaré. Por cierto, no todo depende de mí, porque alguien más te ha visto también.

—Aquel tipo mayor que ha entrado, ¿verdad?

—Sí. Se llama Bishop.

—¿Crees que ha dicho algo?

—Por ahora estoy seguro de que no, aunque es posible que lo diga. Bien... Lo más importante es encontrarte ropa, pero... ¡ropa de mujer en esta casa...! ¿Dónde demonios puede haberla? Quizá en el cuarto de alguna doncella, pero las habitaciones del servicio están en otro pabellón.

Abrió los dos armarios que había en la pieza, con la absurda esperanza de encontrar alguna prenda que le cayese bien a Glenda. Pero aquella absurda esperanza se convirtió en una realidad. Los ojos de Clay se entrecerraron por la sorpresa al darse cuenta de lo que había allí.

Una colección completa de vestidos. Todos nuevos, todos de última moda.

Claro que, fijándose mejor en ellos y en algunos de sus detalles, quizá se pudiera llegar a la conclusión de que no correspondían a la moda actual, sino a la de veinticinco o treinta años antes. Lo que ocurre es que la línea femenina vuelve a parecerse a la de aquel tiempo. La moda «ha vuelto» en muchas cosas. De modo que era muy posible que Clay tuviera delante de los ojos una colección de vestidos pertenecientes a una mujer ya en cierto modo antigua.

Pero, de un modo u otro, aquello les sacaba del apuro. Por lo tanto, dijo con una sonrisa:

—Mira, hemos tenido más suerte de la que esperaba. Puedes elegir.

Ella contempló los vestidos con una expresión nostálgica. Vio también allí bastantes cosas: prendas íntimas, como medias, ligeros, camisitas cortas y sostenes que eran una mínima expresión. Sorprendentemente, se encontraba en aquel armario lo mismo que hubiera podido encontrarse en una *boutique* de gran categoría.

—Puede que esto te siente bien —dijo Clay—. De momento, sales del paso.

—Probaré.

Lo primero que hizo fue elegir prendas interiores. Clay se volvió discretamente de espaldas, pero el muy maldito se colocó de forma que pudiera entreverla por un ángulo del espejo del tocador. Y allí estuvo a punto de quedar sin aliento, porque lo que estaba viendo era una especie de *strip-tease* al revés, pero fascinante.

Ella se había puesto un ligero, unas medias, unos sostenes que apenas eran nada... Clay tenía la boca seca. Por todos los demonios... ¡resultaba que las prendas le caían que ni hechas a la medida!

Pero entonces tuvo una sorpresa aún mayor. Porque Glenda eligió un vestido color cereza oscuro, y al ponérselo resultó que también le caía a la perfección. Era increíble. Si se la hubiese hecho a la medida, no le habría encajado mejor.

Clay tragó saliva mientras no podía evitar hacerse una inquietante pregunta:

¿A qué mujer habían pertenecido aquellos vestidos? ¿Y qué tenía que ver Glenda con esa mujer desconocida?

—Es extraño —musitó ella—. Me sientan perfectamente.

—En efecto. Es... incomprensible.

Clay encendió un cigarrillo.

—¿No puedes decirme a qué hora has venido aquí, Glenda? Te juro que seré discreto.

—No puedo de momento, Clay, pero cuando sea posible, tú serás el primero en saberlo. Además, necesito pedirte ayuda. No sólo que me ocultes, sino otra cosa.

—¿Qué?

—He de encontrar a lord Caniff.

—Maldita sea, eso es lo que queremos todos. La policía también le está buscando.

—Pero tiene que estar en la casa, ¿no?

—Eso es lo que suponemos todos, a menos que... la maldición sea cierta.

—¿Qué maldición?

—Nada, nada... Olvídalo.

—Clay —dijo entonces ella de repente, como si disparase las palabras—. ¿Puedes ayudarme a encontrar a lord Caniff?

—¿Buscarle en la casa, quieres decir? ¿En esta casa llena de policías?

—No tan llena. Por lo que he visto, es un edificio enorme, y los de la «bofia» no pueden controlarlo todo. Si tenemos un poco de suerte, les daremos esquinazo.

La actitud de la chica seguía siendo extraña, sorprendente, porque no quería tener la menor relación con la policía, sino todo lo contrario. Pero Clay hizo un esfuerzo por comprenderla. Muchas veces él, para poder tener una información en exclusiva, había estado dando esquinazo a la policía durante días enteros.

—Lo intentaremos —dijo—, pero no sé por dónde empezar. Conozco esta casa de un modo muy relativo, porque sólo he estado aquí dos veces.

—Quizá deberíamos buscar por los desvanes. Lord Caniff, vivo o muerto, podría estar allí.

—¿Vivo o muerto?

—Perdona, ha sido una frase dicha sin pensar.

Clay tomó entonces una decisión. Hizo una seña para que Glenda le siguiese y entreabrió la puerta. Ante sus ojos se extendía el pasillo penumbroso, desierto del todo, que a intervalos era frenéticamente iluminado por los relámpagos.

Salieron los dos. El estrépito de los truenos era a veces tan horrísono que anulaba todo posible ruido que ellos pudieran hacer. Después de un período de relativa calma, volvían a tener la tempestad encima de sus cabezas.

—Las escaleras...

Clay había señalado unos peldaños de piedra al final del pasillo. No sabía adónde llevaban, pero posiblemente les conducirían a los desvanes.

Las escaleras de piedra, en efecto, ascendían hasta las alturas de la casa. Pertenecían a la parte más antigua de ésta, y eran

resbaladizas y estrechas. A mitad de ellas se encontraron con unas rendijas o troneras abiertas en la piedra, que eran una especie de observatorio sobre las escalinatas principales de la mansión. Desde allí se veía la gran colección de cuadros de los antepasados de lord Caniff, que ocupaban toda una pared a la izquierda de los peldaños.

Clay se fijó en ellos de una forma especial, como si los viera entonces por primera vez. Hay momentos en que el instinto de observación está sobreexcitado, en que nos damos cuenta de cosas en las que antes no reparábamos. Por ejemplo, Clay se dio cuenta ahora de que tres de aquellos cuadros tenían pintada encima una pequeña rosa roja.

—¿Qué cuernos significará? —musitó.

La muchacha también se había dado cuenta del detalle.

—No lo sé —dijo.

Y en aquel momento salieron de su duda cuando menos lo esperaban. Por las escaleras descendían Mark y otro policía. Pasaron casi bajo sus ojos sin sospechar su presencia.

—¿Qué significan esas rosas rojas pintadas a un lado de los cuadros? —preguntaba el agente en aquel momento—. Hay unos cuadros que las tienen y otros no.

—No lo sé exactamente, pero me parece recordar algunos detalles de la historia de los Caniff —dijo Mark—. Los que tienen esa rosa roja pintada a un lado de los cuadros son asesinos.

—¿Qué?... ¿Es que en una familia tan importante como la de los Caniff ha habido asesinos? ¿Qué demonios quiere decir?

—En las familias antiguas hay gente de toda clase —explicó Mark, deteniéndose en las escaleras mientras encendía un cigarrillo—. Si en una familia de hoy, digamos normal, hay siempre garbanzos negros, imagine las que tienen una antigüedad de cuatrocientos años. Esos tres retratos que tienen la rosa roja representan, si no recuerdo mal, a un antepasado de lord Caniff que atentó contra el rey, matando a uno de los guardianes de éste, y en consecuencia fue ejecutado. Pidió que le enterraran con unas rosas rojas de una variedad que él había descubierto, y de aquí viene la tradición de pintarla en los cuadros de los Caniff cuando éstos han ido... digamos que en contra de la ley. Por ejemplo, esa mujer de ahí asesinó a su marido. Y esa otra envenenó por celos a dos de las criadas de la casa.

El policía miró atentamente los cuadros. Luego dijo:

—O sea, que la rosa roja representa algo así como el crimen.

—El crimen y también una especie de maldición.

Los dos hombres siguieron su camino. Poco después, sus voces formaban apenas un murmullo.

Glenda musitó:

—No sabía eso.

—Yo tampoco —confesó Clay—; algunos detalles sueltos me vienen ahora a la memoria, pero la verdad es que no tenía una idea demasiado clara.

Siguieron su camino. En efecto, las escaleras de piedra llegaban a los desvanes. Se hacían más angostas cada vez, hasta el extremo de que tenían que ir en fila india. Se parecían a esas escaleras que hay en las torres de los viejos templos.

Llegaron entonces a una habitación cuadrada, una especie de mirador cuyas ventanas no tenían cristales. El viento de la tempestad aullaba allí, y el fragor de los truenos se hacía espantoso. Una puerta que había a la izquierda se abría y cerraba pesadamente, produciendo golpes que parecían causados por un ser vivo.

Pero no fue eso lo que llamó la atención de los dos. No fue el brusco impacto del frío ni la luz lívida de los relámpagos.

Fue aquella rosa roja que vieron oscilar en el suelo. El viento la traía y llevaba siniestramente, de un lado a otro.

El hecho de que en una rosa haya algo de siniestro puede parecer una contradicción, pero lo cierto fue que al menos Clay tuvo esa sensación. La sensación de que en aquella sencilla flor mecida por el viento palpitaba una oscura amenaza.

Glenda musitó:

—¿Quién ha podido dejarla aquí?

—No lo sé. No tiene demasiado sentido.

De pronto, el golpeteo de la puerta les sobresaltó. Al cesar los truenos, aquel golpeteo les dio la sensación de una brusca llamada que estaba llegando desde las entrañas de la casa.

—¿Adónde da eso? —preguntó Glenda.

—No lo sé.

Fue Clay el que empujó la puerta. Lo hizo con todos los músculos preparados para la acción, porque le embargaba la

sensación de que en cualquier momento podía saltar sobre él lo desconocido. Vio entonces ante sus ojos un largo pasillo de piedra, sin ventanas, al tondo del cual había otra puerta.

Y aquella segunda puerta también golpeaba. Daba la sensación de que extraños seres vivos acechaban entre las tinieblas.

—Vamos.

Avanzaron hacia la segunda puerta. Estaba entornada y el viento que se filtraba desde lejos la hacía oscilar. Clay la abrió.

Y entonces se encontró con que todo estaba iluminado. Dos focos daban directamente sobre el cuadro situado en un caballete.

Clay sintió que la sangre se detenía en sus venas.

Porque él conocía a la mujer de aquel cuadro.

Porque era... ¡la propia Glenda!

¡Y en uno de los bordes de aquel cuadro estaba pintada una rosa roja!

CAPÍTULO VII

El asombro que le dominó fue tan intenso que duran te unos instantes se sintió incapaz de hablar. Hasta sus pensamientos parecieron paralizarse. Hubo de ser el gemido de la propia Glenda lo que le sacó de aquella atmósfera de pesadilla en la que de repente se había metido.

—Es imposible —balbució ella—. ¡Imposible!

Entraron los dos, cerrando la puerta maquinalmente. Podía ser imposible, desde luego, pero la tenían ante los ojos. No podían negar la realidad. La que estaba retratada allí era la propia Glenda.

Y con el detalle de la rosa roja...

La muchacha repitió:

—No puede ser...

—Glenda, todo esto puede parecer una pesadilla... —musitó Clay—, pero esa mujer eres tú.

—No puedo negarlo... En efecto, se parece a mí.

—Eres tú.

—De acuerdo, lo acepto.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé.

—¿Te das cuenta, Glenda? Todo parece una pesadilla, pero sin embargo concuerda. En esta casa flota una maldición. Lord Caniff habla de ella y explica bien claramente que esta noche llegará la persona que ha de asesinarle. Nadie le cree, pero en ese momento llegas tú. Luego, lord Caniff desaparece y al poco tiempo matan a un hombre como Ratbone. La rosa roja está relacionada con la idea del crimen, y tú... ¡tú apareces con ella en un cuadro que está dentro de esta casa! ¿Por qué? ¡Da la sensación de que esto no puede explicarse, pero sin embargo existe! *¡Existe!*

Glenda se había estremecido. Jamás en su vida se había visto envuelta en un clima tan maldito como lo era aquél.

Y en ese momento sus pensamientos se rompieron porque oyó voces. Alguien estaba avanzando por el pasillo. Reconoció la voz de Mark:

—¿Adonde demonios llevará esto?

La policía llegaba.

En fracciones de segundo, Clay pensó lo que podía significar el hecho de que encontrasen a la muchacha allí. Incluso viéndola envuelta en todas las maldiciones, quería seguir teniendo confianza en ello, o al menos no deseaba que la policía descubriese lo que él acababa de descubrir.

Por eso le indicó:

—Debe haber otra salida... Ahí... ¡Esa puertecilla!

Era un sitio por el que una persona tenía que pasar casi a gatas, uno de esos pasadizos semisecretos que existen en muchas casas antiguas.

Glenda se puso a gatas, se subió un poco la falda y pasó. Para hacerlo, hubo de enseñarle muy bien sus fantásticas piernas. Cuando los dos policías entraron, ya no había ni rastro de su figura.

Mark hizo un gesto de extrañeza y luego de irritación al ver a Clay allí.

—¿No le he pedido que nadie se moviera de sus habitaciones? ¿Por qué ha salido de allí, Clay?

El joven intentó sonreír.

—A los periodistas no hay quien nos tenga quietos, inspector —dijo, queriendo quitarle importancia al asunto—. Es el cochino oficio.

—¿Qué pasa? ¿Quiere averiguarlo todo por sí mismo?

—Pongamos que quiero conseguir una exclusiva.

—No me gusta, Clay. Mientras estoy investigando, no permito que nadie se cruce en mi camino.

—¿Qué pasa? ¿Es que me tiene por sospechoso?

—No se trata de eso; solamente quiero que todo el mundo cumpla mis órdenes, incluido usted.

De pronto se fijó en el retrato. Hasta entonces no había reparado en él. Con los ojos semicerrados murmuró:

—¿Quién es ésa?

Era natural que lo preguntara, porque no había visto nunca a Glenda. No sabía que existiera.

—No tengo la menor idea —dijo Clay.

—Pero esa mujer lleva también la rosa roja...

—Sí.

—Debe ser una antepasada de lord Caniff —opinó el policía, que era el mismo que antes había acompañado a Mark por las escaleras.

—No, una antepasada no puede ser. Fíjese en el peinado de esa mujer. Es actual. Fíjese en sus ropas. Tienen un corte bastante moderno. Bueno..., lo mismo el peinado que la ropas, pueden ser de la moda de hace unos años, pero de ningún modo corresponden a una dama antigua. No es una antepasada de lord Caniff, ni mucho menos.

—¿Pues entonces quién? ¿Y qué significa ese maldito detalle de la rosa?

Mark se encogió de hombros, pero latía la preocupación en su rostro. Con los labios apretados musitó:

—No lo sé, pero puede ser una asesina. Una asesina que en estos momentos se encuentre entre nosotros.

Clay se estremeció.

Mark no sabía hasta qué punto acababa de decir la verdad.

Los tres notaron que temblaban sus párpados al notar de nuevo sobre sus cabezas el sonido horrísono del trueno.

Bishop también captó el estallido de aquel trueno que pareció conmovier hasta las entrañas de la casa. Bishop, el concejal, el único que había visto a Glenda además de Clay, miró aprensivamente hacia arriba y captó aún el ruido de los cristales que vibraban en las ventanas.

—Parece como si los rayos estuvieran entrando en la casa —murmuró—. Tenemos otra vez encima esta maldita tormenta...

Una sensación de frío le estremeció. ¿O era quizá también una oscura sensación de miedo?

¿Qué le estaba ocurriendo?

Bishop no lo sabía, pero se sentía incómodo en aquella casa. Y también se había sentido incapaz de quedarse quieto en la habitación, como le ordenara Mark. Por eso estaba ahora caminando por Alone Manor, pensando que si los policías se tropezaban con él no iban a atreverse a chistarle. ¡Faltaría más! ¡Considerarle sospechoso a él, que era uno de los hombres más importantes de la comarca!... ¡Y encima concejal de Norwich!

Atravesó la biblioteca.

No había nadie allí. Los policías debían buscar huellas ahora en los sitios más extraños, como por ejemplo en los sótanos de la casa.

Se metió en un oscuro pasillo.

Había estado en Alone Manor otras veces, pero aquello se le antojaba desconocido. Era como si, de pronto, pisara una mansión siniestra y llena de extraños rincones. Oyó el crujido de las puertas como si éstas fueran seres vivos.

Volvió la cabeza.

¿Qué demonios le pasaba? Era como si, de pronto, alguien le estuviera siguiendo. Pero no se veía a nadie, no se captaba nada en el penumbroso pasillo.

Un relámpago lo iluminó entonces de lleno.

Sus ojos se desencajaron un momento.

—¡Eh, Mark! —llamó—. ¡Inspector Mark!

Porque estaba seguro de que era el policía el que le estaba siguiendo para observarle. Sí... Le espiaba como se espía a un sospechoso. Por eso gritó:

—¡Mark, salga de una vez, maldito! ¡Ya está bien de bromas!

Pero le respondió el silencio.

De pronto, el ruido de los truenos había cesado. Por contraste, el silencio se hacía espeso y angustioso.

Daba la sensación de que el mundo se había quedado vacío.

Pero no. A su espalda se movía alguien.

Estaba seguro.

De repente a Bishop le acometió un ciego terror. Recordó a Ratbone cayendo por las escaleras con una flecha hundida en el pecho. Parecieron llegar hasta él, a través del aire, las últimas palabras de Caniff hablando de la maldición.

Intentó pensar: «Tonterías...»

Pero decidió buscar en seguida un teléfono para llamar a su despacho oficial. Pese a lo avanzado de la hora, el encargado de la centralita enviaría un coche a buscarle. El no se atrevía a conducir con aquella noche, pero estaba decidido a escapar de Alone Manor como fuese. Un chófer profesional le llevaría sin tropiezos a Norwich, la tranquila ciudad de la catedral gótica donde no hay maldiciones ni fantasmas.

Abrió una de las puertas situadas al fondo del pasillo.

Vio un despacho.

Sí, lo recordaba muy bien: allí tenía que existir un teléfono. A mano derecha, sobre una repisa.

El rayo lo iluminó de repente todo.

Y vio entonces las manos sobre la mesa.

Las dos manos lívidas.

Parecían las de un muerto.

Pero se movían.

Otro rayo iluminó la cara.

Los ojos.

Bishop sintió que se le contraía la garganta.

Que se le ahogaba la voz.

Tan sólo pudo balbucir:

—Nooooo...

Las manos estaban ahora en el aire.

Bishop apenas pudo balbucir:

—No..., no puede ser...

La pesada espada, un auténtico mandoble medieval de los que partían en dos a un hombre, se abatió sobre su cabeza.

Bishop no pudo ni chillar.

De pronto su cráneo se abrió en dos mitades.

La sangre salpicó las paredes.

Los ojos desencajados de Bishop parecieron abandonar la cara para saltar al aire.

El cuerpo cayó blandamente a tierra.

Y otra vez se hizo el silencio, aquel silencio cargado de presagios y de enigmas.

Sólo el aullido del perro lo rompió, llegando desde la lejanía.

CAPÍTULO VIII

Los hombres que estaban en la pequeña habitación, viendo el retrato de la mujer con la rosa roja, oyeron también el aullido del perro. Aquellos tres hombres eran Clay, el inspector Mark y el policía que acompañaba a éste. Se miraron como si no comprendieran una palabra de todo aquello.

Fue Mark el que susurró:

—Creo que alguien me dijo antes que no hay ningún perro en la casa.

—No, ninguno —confirmó Clay.

—Pues, entonces, ¿qué es eso?

—Quizá se trate de un perro vagabundo.

—Puede que sí, pero... ¡Pero, de todos modos, sus aullidos no me gustan, maldita sea! ¡Hay en ellos algo que no sé explicar, algo especial! ¡Parece como si se tratara de un presagio!

No cabía duda que se estaba poniendo nervioso. Y eso era extraño en Mark, porque se trataba de un policía veterano y que jamás perdía su característica flema británica. El agente que le acompañaba intentó darle entonces una explicación:

—Lo de los perros vagabundos es normal, señor. Y todos se asustan y se ponen a ladrar como condenados en las noches de tormenta.

La voz dijo entonces, llegando desde el tondo de las sombras:

—No se trata de un perro vagabundo, señor.

Mark se volvió de pronto.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó.

Acababa de ver al más viejo sirviente de Alone Manor. Acababa de surgir de las tinieblas como un fantasma. Les miraba como un alucinado mientras sus manos temblaban en el aire.

—No se trata de un perro vagabundo, señor —repitió el viejo sirviente.

—¿No? ¿Entonces qué es?

—Un aviso, señor, el aviso de que va a suceder algo horrible.

—Me temo que lo horrible está sucediendo ya —dijo Mark pensativamente—, pero si se explica mejor nos entenderemos. Pase.

El hombre entró del todo en la habitación. Su rostro estaba desencajado. Su palidez era tan intensa que parecía como si en sus mejillas se hubieran posado las manos de un fantasma.

—Yo llevo muchos años viviendo en esta casa —dijo—. Conozco de ella todo lo que se puede conocer.

—¿A qué se refiere concretamente?

—A la maldición.

—De eso habló lord Caniff antes de desaparecer —habló Clay—. Me temo que ya sabemos bastante acerca de eso.

—No, no lo saben todo. Por ejemplo, no saben lo del perro.

—¿Qué perro? —musitó Clay—. ¿Ese que ladra? O mejor dicho, ¿ese que aúlla?

—Pudo ser ése o cualquier otro. El caso es que el perro tenía que aparecer.

—¿Por qué?

—Dejen que les explique. Yo conozco muy bien la leyenda que rodea a los Caniff porque he nacido en la comarca y además llevo muchos años viviendo en esta casa. Lord Caniff me hablaba de eso en los últimos tiempos. Parecía preocupado, como si empezara a creer en lo que no había creído nunca: que la maldición era cierta y que él estaba rodeado por la muerte.

Moviéndose como una sombra, sin mirar a ninguna parte, añadió con voz que parecía surgida del fondo de una tumba:

—El propio lord Caniff, como tenía gran confianza conmigo, me enseñó los viejos libros, los pergaminos, de su familia que se guardan en la biblioteca de la casa. La maldición estaba clara: alguien llegaría para asesinarle la noche en que él cumpliera cincuenta y cinco años. No podría salvarse... Era inútil que fuera al otro lado del mundo, porque la maldición le seguiría. Lo mismo moriría aquí que en un fiordo de Islandia o en un bar de los barrios populares de Atenas. Creo que lord Caniff se resignó a su suerte, porque llegó a la conclusión de que nada podía hacer para evitarla. Pero, al mismo tiempo, era un hombre que tenía un gran espíritu deportivo, una gran curiosidad: yo creo que deseaba saber si la

maldición era realmente cierta, y que esa posibilidad de averiguarlo en su propia carne no la hubiese cambiado por ninguna otra emoción del mundo.

Mark gruñó:

—¿Y eso qué tiene que ver con el perro?

—La maldición habla de él.

—¿Dice que la maldición habla de él? ¿Pero cómo se explica eso? ¿Qué tiene que ver un perro con lo que está ocurriendo?

—Claro que tiene que ver. Es algo esencial. Solamente el perro descubrirá al asesino de lord Caniff.

Aquellas palabras fueron pronunciadas en un tono profético, con una voz rota, quebrada, que no parecía una voz humana. Los tres hombres que estaban en la habitación sintieron un estremecimiento, aunque no supieron por qué. Miraron al viejo sirviente como lo que realmente era en cierto modo: un aparecido.

Mark murmuró:

—Explique eso mejor, amigo.

—Está muy claro: los viejos textos lo dicen. Pueden encontrarlos en la biblioteca. Cuando el asesino llegue, llegará también el perro. Y el perro no atacará a nadie, pero en cambio atacará al asesino. Por eso se le podrá reconocer. El perro le perseguirá también como una maldición.

La voz de aquel hombre se rompió. De pronto parecía haber llegado al límite de sus fuerzas, de pronto todo en él parecía hundirse, derrumbarse. Mientras hundía la cabeza murmuró:

—Temo haber hablado demasiado. Lord Caniff me explicó todo esto en un momento de sinceridad, pero él era un hombre muy reservado. Supongo que hubiese querido que yo guardase el secreto.

Mark dijo con voz opaca:

—No se preocupe. Ha sido mejor que lo dijese, amigo. Estoy empezando a pensar que nos ha hecho un gran favor.

Y fue hacia la puerta.

Clay susurró:

—Lo que está empezando es a creer en la maldición, Mark. Aunque le pese.

Y fue también hacia la puerta.

Le pareció oír desde el otro lado del mundo la voz del inspector:

—Hay que encontrarlo como sea. Hay que encontrar a ese

maldito perro.

Decir aquello era fácil, pero cumplirlo podía ser muy difícil. La tormenta estaba en su apogeo y no se veía nada. De vez en cuando los relámpagos lo iluminaban todo con su luz espectral, pero eso duraba solamente unos segundos. De todos modos, uno de los patrulleros salió por los caminos tratando de localizar al perro. Sus faros se perdieron en la lejanía.

Mark le miró desde una de las ventanas. Luego se alejó él también, tirando rabiosamente el cigarrillo que había estado a punto de encender. Empezaba a sentirse nervioso y a no saber qué terreno pisaba.

Clay, en cambio, se quedó junto a la ventana. La lluvia seguía golpeando en los cristales rabiosamente. No se veía a dos pasos, y en la lejanía no se distinguían ya ni las luces del patrullero.

Pero Clay apenas se daba cuenta de nada de eso. De lo único que se daba cuenta era de que su cerebro bullía, crepitaba, y todo por causa de una sola pregunta: ¿Dónde infiernos estaba Glenda y en qué condenado rincón de la casa podría volver a encontrarla?

No lo hacía por verla. Lo hacía solamente porque, de una forma inconsciente e involuntaria, asociaba a Glenda con los crímenes, con la extraña maldición de los Caniff. Era ésa una idea condenada y venenosa que no le dejaba vivir.

Abandonó la ventana. Se volvió de espaldas.

Y entonces oyó otra vez aquel terrible aullido. Pero ahora no lo lanzaba el perro, sino la garganta de una mujer.

CAPÍTULO IX

Cuando Clay salió al penumbroso pasillo, se dio cuenta de que todos corrían en la misma dirección, pues los gritos se estaban repitiendo. Un par de policías chocaban contra las paredes, pues allí apenas se veía nada. Clay les adelantó y llegó en unos segundos al sitio donde los gritos estaban sonando.

Vio allí a una de las sirvientas. Era joven y bonita, pero ahora parecía un adefesio. Se había llevado las manos a la cara y chillaba enloquecida. La larga melena le caía sobre los ojos, tapándoselos en parte. Clay llegó a tiempo de sostenerla antes de que cayera.

Y entonces vio lo que ella había estado viendo. Era uno de los despachos. Amplio y confortable, tenía bastantes cosas que ver, pero sólo una cosa le llamó la atención, hasta el extremo de estar a punto de caer también. El cuerpo de Bishop con la cabeza hundida, con toda su sangre repartida por las paredes. Y la enorme espada, un auténtico mandoble medieval, descansando sobre la mesa.

No cabía duda de que le habían matado con aquello.

Clay sintió que se quedaba sin respiración, sin habla. Los ojos le bailaron dentro de las órbitas. Tuvo que hacer un terrible esfuerzo para mantenerse sereno en el umbral y entrar en la habitación.

Mark llegó tras él.

Estaba desencajado. Cuando vio lo que había allí dentro, se apoyó en una de las jambas de la puerta porque de pronto había sentido una vacilación. Un trueno que parecía haber sonado dentro del despacho le acababa de desarbolar.

—Esto es más que una pesadilla —balbució—. Esto es... es...

—Es una maldición, inspector. Exactamente lo que dijo lord Caniff: una maldición que parece llegar desde el fondo de otro tiempo.

Y se acercó a la espada. Para él no cabía duda de que era el arma empleada por el extraño crimen. Le pareció oír desde muy

lejos la voz de Mark.

—No la toque.

—No pensaba hacerlo, inspector. Pero mírela bien.

Mark se acercó con expresión alucinada. Un hombre de temple como él estaba perdiendo los nervios por completo. Rozó el arma para decir solamente:

—Es auténtica.

—En efecto, inspector. Supongo que, como la flecha, es una de las armas que hay en las colecciones de la casa.

—Pero hace falta mucha fuerza para... para...

—¿Para moverla?

—Sí, Clay.

Clay la sujetó, valiéndose de un pañuelo, y la alzó.

Era pesada, desde luego, pero una persona entrenada podría moverla. Incluso si esa persona entrenada fuese una mujer.

—Una espada como ésta no puede manejarse durante demasiado tato porque destroza los brazos a cual quiera —explicó—, pero dar un solo golpe con ella no es gran cosa. Puede haberlo dado una persona normal.

—¿Qué clase de *persona normal*, Clay? —dijo Mark con voz venenosa.

Quiero decir que no fue un ser de ultratumba.

—Eso es lo mismo que debía pensar yo, pero ya no estoy seguro de nada de lo que pienso, Clay. Deje que use el teléfono para pedir refuerzos, aunque tarden en llegar aquí. Oiga... ¿qué habrá venido a hacer Bishop aquí?

—Justamente a hablar por teléfono —susurró Clay.

Mark le miró como si ellos dos fueran los únicos habitantes del mundo, como si estuvieran en una isla desierta.

—Éste es el único teléfono que hay en el lado oeste de la casa, inspector. Bishop pensaba pedir ayuda o contarle algo a una persona del exterior. Puede que le mataran por eso, para que no hablara, o puede que su muerte estuviese ya decidida desde mucho antes. No lo sé. —Y añadió con voz opaca—: ¿Sus hombres registran la casa?

—Sí, pero les servirá de bien poco. Es una casa demasiado grande para que la registre tan poca gente. Cuando lleguen refuerzos podré controlar todo esto, pero ahora no me hago

ilusiones.

Clay entrecerró los ojos. Sólo Bishop y él conocían la existencia de Glenda, y ahora Bishop había muerto. Glenda podía estar tranquila porque nadie la controlaba. Pero eso... ¿no significaba que podía moverse libremente para *matar*?

La doncella que había descubierto el cadáver se iba rehaciendo lentamente, pasado su primer momento de horror. Con voz entrecortada balbució:

—He visto antes a... a una mujer...

—¿Una mujer de las que viven en esta casa? —preguntó Mark, sin interés.

—No... Claro que no. De lo contrario no se lo contaría, inspector. Era una mujer joven y bonita. Yo diría que huía de alguien.

Mark se volvió de pronto.

—¿Una desconocida? —preguntó.

Clay sintió un erizamiento en su nuca. Se daba cuenta de que Glenda había sido vista y de que todo podía estar perdido para ella. Notó que Mark casi se abalanzaba sobre la sirvienta.

—¿Una desconocida? —repitió—. ¡Dígalo de una maldita vez! ¿La había visto antes?

—Yo diría que... sí.

—¿Cuándo?

—Hace más de un año.

—¿En esta casa?

—No. En las páginas de una revista.

La sirvienta hablaba ahora maquinalmente, como si lo que decía no obedeciese a los dictados de su cerebro.

—No se puede recordar a una persona a la que sólo se ha visto una vez, en las páginas de una revista y un año antes —dijo de pronto Clay, queriendo que la mujer no se sintiese segura para seguir hablando.

Pero la sirvienta no le hizo caso. Parecía obsesionada por sus recuerdos. Con voz apenas audible dijo:

—A ésa la recuerdo porque yo, entonces, era aficionada a su deporte. Lo había practicado en un club antes de ponerme a servir aquí.

—¿Qué deporte? —preguntó el policía con voz tensa.

—El tiro con arco. Ella era una gran campeona —explicó la mujer, con voz lejana—. Donde ponía el ojo, ponía la flecha.

El trueno volvió a llenarlo todo, pero esta vez Clay ni siquiera lo oyó. Era como si hubiese recibido un golpe en el cerebro, como si de repente todos sus sentidos se hubieran embotado, dejándole solamente un recuerdo: el siniestro recuerdo de Ratbone atravesado certeramente por una flecha.

De pronto tuvo la horrible convicción, por si le faltara algún dato, de que ya sabía quién era la asesina. La maldición o las fuerzas misteriosas que podían haber empujado a Glenda a cometer aquellos crímenes, no le importaban. Lo cierto era que los había cometido ella. Nadie más pudo haberlo hecho.

Se estremeció.

Comprendió que la próxima víctima podía ser él. Después de todo, era el único que conocía la existencia de Glenda, y Glenda no dudaría en eliminarle. Incluso era posible que hubiera tratado de hacerlo ya cuando entró en su habitación. Bishop y él tenían que morir, y de momento ya había muerto Bishop.

Él le seguiría.

Si quería hacer algo para salvar su propia piel, tenía que hablarle a Mark de la existencia de Glenda.

O hacía que la buscasen o estaría perdido.

Pero, sin embargo, no habló. No supo qué clase de extraño sentimiento le impulsaba a guardar silencio.

Miró a otro sitio mientras susurraba:

—Esa mujer debe estar confundida, inspector.

—¿Por qué había de estarlo?

—Por lo mismo que le he dicho antes: nadie recuerda una cara que vio hace un año en las páginas de una revista.

Y fue a salir de allí.

Pero entonces oyeron todos el ruido de un coche al detenerse ante la casa. Mark se volvió.

—El patrullero llega —dijo.

Todos fueron hacia la puerta de la casa. Ahora la lluvia era menos intensa y uno de los policías se hizo visible mientras atravesaba la zona embaldosada que había ante la casa. Con voz ronca informó:

—Hemos visto al perro, señor, pero no hemos podido darle

alcance.

—¿Por qué?

—Se ha metido en una zona fangosa, señor, donde el coche no podía entrar, pero además sucedía una cosa extraña.

—¿Qué cosa?

El agente dijo sin mirarle:

—Estaba persiguiendo a una mujer...

CAPÍTULO X

Nuevamente el estremecimiento de Clay le llegó hasta el fondo de los huesos. Nuevamente se preguntó si no estaría cometiendo la locura mayor de su vida.

¿Proteger a Glenda? ¿Para qué? ¿No estaba todo bien claro? ¿Qué buscaba con su silencio? ¿Convertirse en la próxima víctima de aquella asesina?

Oyó la voz de Mark como si fuera un chirrido metálico:

—¿Has visto bien a esa mujer?

—Sólo fugazmente, señor.

—Pero ¿podría describirla?

—Es morena, guapa... Tiene un tipo espléndido, aunque ya sé que eso no es decir gran cosa. Corría como una gacela, aunque llevaba zapatos de tacón.

—¿Y el vestido? ¿Cómo era el vestido?

—Tiene razón, señor. El vestido es lo más importante... Lo hemos podido ver un momento a la luz de los faros. Era de un corte anticuado y de color cereza.

Clay sintió de nuevo un golpe en el cráneo. No necesitaba saber más. No necesitó tampoco oír la voz de la sirvienta que había bajado tras ellos y gritaba:

—Era ella misma... ¡El vestido lo he visto perfectamente! ¡Lo he visto! *¡Lo he visto!*

Mark dijo con sequedad:

—Búsquenla.

Y corrió hacia el teléfono más próximo. Iba a pedir refuerzos. Clay comprendió que sólo le quedaba una cosa por hacer:

Ser él quien encontrara a Glenda. No la policía.

Hablar con ella. Tratar de averiguar el misterio que palpitaba en su destino.

Y en seguida.

Antes de que alguien más muriera.

Pero no sabía que, pese a todos sus esfuerzos, iba a llegar tarde.

No sabía aún que alguien más tenía que reventar.

Harrison, el rico hacendado, uno de los hombres más importantes de la comarca, dio unos pasos nerviosos por la habitación mientras sentía que la sangre se iba agolpando en su cabeza.

Era uno de los que habían obedecido a rajatabla la orden de no moverse, pero ahora empezaba a sentirse al borde del ataque de nervios. No podía permanecer más tiempo allí, encerrado, mientras oía el fragor de la tempestad y además se daba cuenta de que cosas horribles estaban sucediendo en la casa. Porque aunque nadie llegase con noticias hasta allí, él adivinaba o intuía lo que estaba pasando.

Alguien más había muerto.

De otro modo no se explicarían los aullidos y los pasos precipitados que se habían escuchado poco antes.

Como poco antes le ocurriera a Bishop, él también sintió el deseo vehemente de huir, pero no sabía cómo hacerlo. Tenía miedo de que, en el camino hacia su coche, le ocurriera algo horrible.

Tomó la botella de *whisky* que se había traído hasta allí, empuñó el codo largamente y se sintió mejor, aunque sus pensamientos seguían siendo un torbellino.

Al fin tomó una decisión.

Qué cuerno, lo mejor era intentar dormirse.

Olvidar.

Fue al cuarto de baño para remojarse la cara un poco. Sabía que el agua fría le aliviaría aquella congestión insoportable. Estaba alto de tensión y en seguida notaba que la cabeza le daba vueltas.

Se remojó bien.

Luego empezó a secarse ante el espejo.

Y fue entonces cuando lo vio. O mejor dicho, cuando tuvo la sensación de que lo veía. Aquel rostro tras él. Aquellos ojos que le espiaban. ¡Aquel cuerpo humano que se reflejaba en el espejo!

Pero no. No podía ser. Era... era... ¡imposible!

Se volvió de pronto.

La sangre se le había helado en las venas. Si antes la sangre

golpeaba en sus arterias por exceso de presión, ahora, de repente, parecía haberse quedado sin ella en el cuerpo.

Pero no vio nada.

La habitación estaba vacía.

Todo estaba envuelto en un silencio pegajoso, un silencio abismal que sólo quedaba roto de vez en cuando por el rumor de las ráfagas de lluvia.

Harrison sintió miedo de estar en sus propios zapatos.

No, no había sido una alucinación.

El... ¡lo había visto!

Pero las evidencias se lo negaban. La habitación estaba vacía. No se captaba en ella más respiración agitada que la suya.

Apretando los puños, decidió huir.

Porque de pronto había recordado algo. Porque de pronto... ¡comprendía!

Todo era muy confuso, muy lejano, pero iba entrando en su pensamiento como un veneno lento. Por un instante creyó estar en posesión de la verdad, y esa verdad le causó horror.

Se revolvió nerviosamente.

No consentiría que le atrapasen allí, en aquella siniestra casa rodeada por las maldiciones.

No consentiría que le matasen como habían matado a Ratbone y como seguramente habían matado también a Bishop.

Porque ahora empezaba a darse cuenta de muchas cosas, como por ejemplo... ¡de que era Bishop el que también había tenido que morir!

Con la decisión ya tomada, calculó que sólo necesitaría un par de minutos para salir de allí. No diría nada a los policías, puesto que no tenía obligación de decirlo. El era un hombre libre.

Se puso la americana y abrió la puerta de su habitación.

Un chirrido.

El pasillo silencioso.

Las sombras.

Y, de pronto, la luz espectral del rayo le hizo volverse atrás. Como un obsesionado cerró la puerta, volviendo al interior de la habitación. Había tenido la absurda sensación de que todas las puertas del pasillo se abrían y cerraban al mismo tiempo.

«Estoy perdiendo el control de mí mismo —pensó—. Y lo que

más necesito en este momento es conservarme sereno. Sereno... Completamente sereno...»

Armándose de valor, abrió de nuevo la puerta y se enfrentó al pasillo por segunda vez. Pero ahora todo estaba tranquilo y en paz. Por uno de esos bruscos caprichos de las tormentas, ahora parecía como si los rayos estuviesen muy lejos. Las puertas estaban cerradas y no se vislumbraba allí ninguna señal de peligro.

Fue andando poco a poco.

Silencio.

Sólo el ruido de sus pasos.

La puerta.

Más allá, otro pasillo que llevaba al garaje.

Su coche. La libertad.

La vida.

Las manos de Harrison temblaban ansiosamente cuando abrió aquella puerta. Otra vez el rayo lo iluminó todo vívidamente, disipando las sombras, pero su resplandor espectral le sirvió al menos para darse cuenta de que allí no acechaba nadie.

Se fue tranquilizando.

Cinco pasos, diez...

Veinte...

Ya estaba.

La puerta del garaje.

Los coches alineados, uno de ellos el suyo, esperando la orden para llevarle a la libertad.

Le pareció que era otra persona, y no él, quien atravesaba las sombras. Abrió la portezuela y se introdujo en el lujoso bólido. La llave estaba puesta en el contacto y se dispuso a hacerla girar.

Todo bien.

Respiró.

Y entonces la vio por el retrovisor. La cara estaba allí. Los ojos. Las manos detrás suyo... Detrás suyo. *¡Detrás suyo!*

Lanzó un sordo grito de horror.

La muerte le había estado esperando.

Una muerte que llegaba desde el fondo del tiempo, una maldición que sólo él —ahora se daba cuenta— hubiese podido explicar.

Como la hubiese podido explicar Ratbone, y Bishop.

Pero ahora los dos estaban muertos.

El no... *¡El no!*

Desesperadamente, intentó huir.

Pero ya no llegó a tiempo.

La antigua daga florentina se le hundió hasta el fondo de la nuca.

Fue un golpe seco.

La cabeza de Harrison se bamboleó un momento. Luego el cuerpo cayó apoyado sobre el volante y apretó involuntariamente el claxon, que sonó un momento. Inmediatamente las manos le apartaron de allí para que el ruido cesara.

Pero ya se había oído un momento.

Clay fue el único que oyó aquel golpe de claxon por pura casualidad. E inmediatamente se dio cuenta de que sólo podía haberlo oído él, nadie más que él.

Estaba en uno de los sectores recién reparados de la casa, junto a los tubos que enviaban aire acondicionado al sótano donde estaba instalado el garaje. Una leve vibración de aquel tubo le envió el sonido que de otro modo no hubiera podido escuchar.

Arqueó una ceja con un gesto de extrañeza mientras gruñía:

—Infiernos...

Mark le había pedido que volviera a su habitación, pero él no estaba ahora para cuentos. Decidió ir al garaje y averiguar lo que ocurría allí. Minutos después descendía sigilosamente unas escaleras.

Llegó al pasillo que poco antes recorriera Harrison.

Los truenos se sucedían ahora unos a otros. El ruido era horrísono y hacía temblar puertas y ventana: de la casa.

Empujó la puerta.

Vio el garaje.

Las luces temblonas.

La sangre.

La sangre resbalaba por una de las portezuelas, que estaba entreabierta, y eso fue lo que le hizo acercarse allí con el silencio de un gato. Con los ojos entrecerrados y la sangre helada en las venas, pero sintiendo un dominio de sus propios nervios como no lo había sentido jamás, vio a través de los cristales el cadáver de Harrison.

Vio, especialmente, la antigua daga que le había apuntillado al atravesarle de golpe la nuca.

La garganta de Clay se contrajo.

Pero reaccionó con una perfecta naturalidad. Casi se diría que con una perfecta tristeza, porque sabía lo que iba a encontrar.

Y, en efecto, la vio.

Trataba de huir.

Captó el roce leve de sus ropas.

Quizá otro no lo hubiese advertido, pero Clay tenía un sexto sentido, como las fieras, y llegó a captar aquel movimiento sospechoso a su espalda. Se volvió justo en el instante en que, por las rendijas de una de las ventanas, penetraba la luz de un rayo.

Fue una suerte, porque de lo contrario no la hubiese visto. ¿O fue una desgracia? ¿No hubiera sido mejor ignorarlo? ¿No hubiera sido mejor no tener que sentir el asco y la pena que sintió?

El caso fue que se encontró ante ella.

Vio los ojos rasgados de la mujer.

Su boca jadeante.

Su vestido color cereza.

Con voz que no parecía la suya, dijo:

—Glenda.

Ella no se movió.

Clay supuso que haría algo para atacarle al verse descubierta, pero la chica no se alteró. Por un momento pareció una estatua, sin alma y sin nervios. Debía estar buscando la seguridad, el modo de atacarle mejor sin que él se diera cuenta, como había hecho con los otros hombres.

Clay repitió:

—Glenda, es inútil que lo hagas.

—¿Hacer qué?

La voz de ella también parecía llegar de muy lejos.

—Nada... Tú y yo tenemos necesidad de hablar. O quizá tengamos necesidad de hablar horas y horas... No sé. Depende.

—¿Depende de qué?

—De nosotros.

—¿Nosotros?

—Yo quería confiar en ti, Glenda.

—¿Confiar? ¿En qué sentido?

—Quería convencerme de que no eras tú la que había cometido esa salvaje serie de crímenes. De que nada tenías que ver con ellos.

—Y ahora piensas lo contrario, ¿verdad?

Era extraño, pero Glenda parecía hablar de otra mujer que no era ella misma. Como si no le importara nada de lo que estaba sucediendo, o como si aquello hubiese pasado a muchos miles de millas de distancia, no allí. Clay supo desde el primer momento que ésa era una nueva prueba contra ella, porque los asesinos maníacos muestran una terrible indiferencia después de sus crímenes; porque parecen marcados por el signo de la fatalidad.

Glenda repitió:

—Piensas lo contrario, ¿no es cierto? Ahora estás pensando que yo he matado a todos esos hombres.

—Vete de aquí —dijo Clay, sin contestar a aquella pregunta—. Todo esto ha sido como un sueño maldito, pero soy de los que creen que todo el mundo tiene derecho a una oportunidad. Si te marchas de aquí ahora, es posible que nunca den contigo. Realmente, ¿qué saben de ti? Nada. El inspector Mark ignora incluso tu existencia. Soy yo el único que podría hablarle de ti.

—Y por esa razón piensas que me conviene matarte, ¿no?

Clay apretó los labios.

No sentía el menor miedo. Lo único que sentía era una gran tristeza y una gran ternura.

—Vete, muchacha, no pierdas tiempo —susurró.

—¿Por qué haces esto, Clay?

—No lo sé.

—¿Quieres ayudarme? ¿Qué te importo yo, al fin y al cabo?

—No lo sé, repito. Pero hay algo en tus ojos, algo que al fin y al cabo es verdad. No quiero que esos ojos acaben mirando para siempre las rejas de una cárcel o que terminen viendo la cara del verdugo si en Inglaterra se restablece la pena de muerte. Por eso quiero que tengas una oportunidad, aunque ignoro las razones que me mueven a eso. Muchas veces los hombres sentimos, pero no pensamos. Eso es todo.

En efecto, era cuanto Clay podía decir. Tuvo la sensación de que ella le entendía, de que en el fondo de su mirada había también una lucecita de pena.

Y entonces, de pronto, una de las puertas del garaje se abrió.

Y por esa puerta entraron las fauces ansiosas del perro.

CAPÍTULO XI

Clay lo veía por primera vez. Era un enorme pastor alemán de color negro, un temible ejemplar que podía ser tan peligroso como una auténtica fiera.

Inmediatamente se abalanzó sobre la muchacha. Era increíble, porque no la había visto nunca, excepto cuando la persiguió en el bosque. ¿Por qué, pues, la odiaba? ¿Por qué quería matarla?

Sólo existía una razón, por absurda que esa razón fuese: la furia del perro venía del fondo de una maldición antigua como el tiempo.

Todos esos pensamientos cruzaron como relámpagos por la mente de Clay, mientras se lanzaba para cortar el camino del perro. Éste no le atacó, porque parecía obsesionado solamente por la muchacha. Hizo una finta, pero Clay logró enviarlo contra la pared.

Se oyó un choque sordo.

Pese al golpe que acababa de recibir, el perro se rehízo inmediatamente. Volvió a girar la cabeza hacia Glenda, dispuesto a atacar de nuevo.

Una bala le rozó entonces la cabeza. El perro saltó ágilmente hacia el otro lado del garaje, ocultándose entre las ruedas de uno de los coches. Clay vio entonces lo que ocurría a continuación como si fuera un extraño sueño.

Mark acababa de entrar en el recinto, acompañado de un policía y de uno de los sirvientes de Alone Manor. Los dos agentes iban desarmados, pero el sirviente llevaba una «Browning» con la que acababa de disparar. Se inclinó para buscar al perro por debajo de las ruedas de los coches.

Clay se situó delante suyo.

—¡No tire! —masculló.

—Ese maldito perro es... ¡es el diablo!

—¿Qué le pasa? ¿Está pensando en la maldición?... —gruñó Clay.

—¡Sólo sé que no debía estar en esta casa! ¡No sé de dónde ha salido, pero trae la muerte!

—La muerte estaba ya aquí antes de que el perro llegara —dijo pensativamente Clay—. Además, sólo tiene obsesión por atacar a esta mujer. A mí no me ha hecho ningún daño.

Clay, de pronto, con sólo pronunciar aquellas palabras, se dio cuenta de que la situación había cambiado. Ahora ya conocían a la muchacha. Mark, que antes ignoraba su existencia, le había puesto los ojos encima.

—¿Quién es? —preguntó con voz metálica.

—Se llama Glenda.

—¿Y por qué tiene un retrato en esta casa? ¿Qué relación había entre ella y lord Caniff?

—No lo sé.

—¿Por qué hay en ese retrato una rosa roja?

—No lo sé.

Las preguntas y respuestas se sucedían velozmente. Clay se daba cuenta de que Mark conocía todos los detalles de la maldición. No le sorprendió en absoluto oírle preguntar:

—¿Y por qué el perro la ataca sólo a ella?

—¡Maldita sea! ¡Tampoco lo sé!...

—Estoy pensando cosas que no me gustaría pensar. Clay.

—Por ejemplo, que la maldición existe, ¿no? Que lord Caniff tenía razón... Y que esta muchacha ha sido la encargada de llevarla a cabo. ¿No es eso lo que está pensando, maldita sea? ¡Pues dígalos de una vez!

Mark no dijo nada, pero estaban bien claros sus pensamientos. Hizo una nueva pregunta:

—¿Por qué la protege, Clay?

—¿Cómo sabe que la he estado protegiendo?

—Eso es evidente, periodista de mierda. Está tan claro que no hace falta ni mencionarlo. De la forma que hemos registrado la casa, la hubiésemos encontrado, caso de no contar con la protección de alguien. Sus ropas son nuevas y están secas. Alguien ha tenido que prestárselas.

Clay hizo una mueca. No le serviría de nada negar.

—Yo se las he facilitado —dijo.

—¿Por qué razón?

—No lo sé —musitó Clay—. Le juro por mi honor, si es que aún me queda algo de honor, que no lo sé.

—¿La conocía de antes?

—No.

—Pues no me dirá que se ha enamorado de ella en cinco minutos.

Clay estaba decidido a ser rabiosamente sincero esta noche. Confesó:

—No lo sé.

—¿No sabe si se ha enamorado de ella?

—No.

—Pero la ayuda.

—Ése es asunto mío, inspector, un asunto rigurosa mente personal. Acúseme si quiere, pero sepa que antes tendrá que acusarla a ella. ¿Y de qué puede hacerlo?

Mark no se inmutó en absoluto. Siguió haciendo preguntas:

—¿Los vestidos que lleva estaban en la casa?

—Sí.

—¿Pues cómo es que le caen bien? Da la sensación de que han sido hechos a medida para ella.

Ése era uno de los puntos que Clay no había entendido nunca, de modo que dijo con un hilo de voz:

—Este asunto va a volverme loco, Mark.

—No entiende nada, ¿verdad?

—No; confieso que no lo entiendo.

—¿Y lo del retrato?

—Lo del retrato menos que nada.

—Quizá ella nos lo pueda explicar —dijo Mark significativamente.

Pero estaba claro que la muchacha no soltaría una palabra. Había asistido impasible a aquel diálogo que tanto la afectaba, como si no fuera con ella.

—De momento voy a detenerla —dijo entonces el inspector—. Estoy en mi derecho.

Clay apretó los labios.

—¿Bajo qué acusación, Mark? —preguntó.

—Asesinato.

—¿Está seguro, inspector? ¿Qué va a explicar ante el jurado?

¿Que de pronto se ha puesto a creer en las maldiciones?

—Eso es algo que el jurado tiene que decidir. Yo me limitaré a contar los hechos. Venga aquí.

Había hecho una seña a la muchacha, que fue a avanzar, pero Clay la cortó con un gesto.

—No tienes ninguna necesidad de hacerlo, Glenda —musitó.

Mark le miró socarronamente.

—¿Va a oponerse a la ley, Clay? —preguntó—. ¿Usted y ella van a hacer resistencia? Muy bien. Me gustaría verlo.

—No voy a hacer resistencia, sino a exponer una teoría, inspector. No es sólo usted el que piensa. De vez en cuando, los otros pensamos también.

La mirada de Mark seguía siendo socarrona.

—¿Una teoría? —murmuró.

—Sí, y es ésta: lord Caniff no ha muerto.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y cómo desapareció, si puede saberse, Clay?

—Debe haber alguna puertecilla secreta junto al sitio en que se esfumó. Estas casas antiguas las tienen, inspector; todos lo sabemos.

—Perfecto... ¿y para qué iba a esfumarse lord Caniff?

—Para cometer los crímenes.

La respuesta hizo que el agente de policía hiciese una mueca, pero el inspector Mark ni siquiera se alteró. Con la misma expresión burlona dijo:

—Y acusar de los crímenes a esta muñeca llamada Glenda, ¿no?

—No lo sé, pero lo cierto es que lord Caniff ha cometido los crímenes.

—Lo cual significa que él está vivo, ¿verdad?

—Seguro —dijo Clay.

Mark negó con la cabeza quedamente.

—Periodista de mierda —volvió a decir.

—Muy amable, Mark, ¿pero desde cuándo un policía británico tiene ese lenguaje?

—Sé lo que me digo.

—Pues no lo parece, Mark.

—Usted parte de la base de que lord Caniff cometió los crímenes y por lo tanto está vivo, ¿no es así?

—Eso es lo que pienso —masculló Clay, mientras apretaba los puños tensamente.

—Pues entonces, ¿por qué no viene conmigo?

—¿Adónde?

—A ver el cadáver de lord Caniff. Hace apenas diez minutos que lo hemos descubierto.

CAPÍTULO XII

Uno de aquellos rayos cayendo a sus pies no hubiera causado a Clay la impresión que le causaron aquellas palabras. Hubo de cerrar los ojos porque sentía una especie de vértigo. Y, después de eso, su primera reacción fue no creer lo que decía Mark. Aquella noticia que acababa de dar no era más que un viejo truco de policía para desorientarle.

—A otro perro con ese hueso —gruñó.

—¿No me cree?

—Ni de lejos.

—Está bien, amigo, sígame. Y que me siga también Glenda.

La muchacha obedeció. Ya nadie se acordaba del perro, que no había vuelto a salir de debajo de los coches. Ascendieron por las solemnes escaleras principales hasta llegar al segundo piso de Alone Manor. Mark explicó:

—Mis hombres habían registrado esto muy por encima. Sólo hace unos minutos que han descubierto el cadáver.

Y señaló una de las puertas.

A Clay le quedaron todos aquellos detalles grabados como si fuese una fotografía gris, casi irreal, pero terriblemente exacta. Lo primero que vio fue el cuchillo de largo mango que estaba en el pasillo. La hoja también era muy larga y sólida, como correspondía a un arma antigua de gran calidad. Toda ella estaba tinta en sangre.

En cuanto a la puerta, se hallaba entornada. Podía decirse que por eso llamaba la atención, ya que de lo contrario hubiese pasado desapercibida entre las otras del pasillo. Bastaba entrar en la habitación para ver el cuerpo de lord Caniff, apenas un paso más allá, caído de frente y con la lividez de la muerte cubriéndole las facciones. Con su cuerpo casi impedía el giro de la puerta, de modo que ésta no podía abrirse más.

Sí, fue como en una maldita fotografía.

Pero terriblemente exacta.

Clay musitó:

—Dios mío...

De pronto lo vio todo perdido. Las teorías que había montado para salvar a Glenda se hundieron solas. El hecho de que lord Caniff estuviera muerto demostraba que no podía haber sido el asesino. Y por lo tanto la asesina era... ¡ella!

Mark preguntó burlonamente:

—¿Convencido, Clay?

—Aún no.

—¿No? ¿Qué necesita entonces? ¿Que el propio Caniff le explique que fue ella la que le mató?

—¿Y por qué había de hacerlo?

—¡Eso no lo sé, pero el caso es que le mató Glenda! ¡Y de momento, sólo con eso, ya tengo bastante!

Clay aún hacía esfuerzos desesperados por dudar, sin darse cuenta de que toda defensa era inútil. Murmuró:

—Si el cadáver está dentro y la daga fuera, ¿qué significa? ¿No es eso una contradicción bien clara?

—No hay ninguna contradicción, Clay. Ella lo arrojó al huir, porque no podía esconderla y no quería que la atraparan con el arma encima.

Clay apretó los labios.

—Sigue equivocándose, inspector. Glenda estaba conmigo.

—¿Desde cuándo?

—Pues desde... desde...

—Más vale que lo dejemos, Clay. Supongo que por ahí no tiene defensa, ¿verdad? ¡Usted hace sólo un momento que se encontró con Glenda!

El joven se mordió el labio inferior, pero ahora con un gesto de desesperación. Sí, era cierto. No podía demostrar lo contrario y, por tanto, todo estaba perdido. Aunque él no quisiera creer en las maldiciones, lo cierto era que la maldición había dicho la última palabra.

Mark dijo solemnemente:

—Todo aclarado de momento. Queda usted detenida bajo la acusación de asesinato múltiple, Glenda. Y debo advertirle que tendrá derecho a la defensa de un abogado desde que se le haga la

ficha de ingreso en la Comisaría, donde podrá negarse a contestar a todas las preguntas que se le hagan, excepto las relativas a sus datos personales. Debo advertirle también que cualquier cosa que diga o haga podrá ser usada en contra suya.

La muchacha no contestó.

También ella se había dado cuenta de que estaba perdida. Sus ojos se habían vuelto blancos y no miraban a ninguna parte. De una forma inconsciente, maquinal, tendió las manos hacia Mark como si esperara que él la esposase.

Pero fue entonces cuando Clay perdió los nervios.

Cuando lo transformó todo en fracciones de segundo.

Bruscamente, con la fuerza de una catapulta, disparó su puño derecho contra el mentón de Mark.

Y lo envió por los aires.

Se había dado cuenta de que ya no estaba allí el sirviente que llevaba la «Browning» y que antes disparó contra el perro. Mark y su ayudante iban desarmados, como van la mayor parte de los policías ingleses. Por lo tanto, Clay tenía en sus manos una carta para tratar de huir... ¡y jugó esa carta!

Mark era un hombre fuerte, casi tan fuerte como él, pero el impacto le había cazado por sorpresa. Fue como uno de esos golpes en frío que dejan a un boxeador fuera de combate en el primer asalto. Cuando quiso darse cuenta de lo que sucedía, ya había chocado contra la pared del otro lado de la habitación.

El policía uniformado quiso lanzarse sobre Clay, pero se encontró de pronto con los dos puños demoledores de éste. Clay ya le esperaba. Un doble gancho le envió también contra la pared mientras se oía una maldición.

Clay se dio cuenta de que había división de opiniones.

De los dos policías, uno mentaba malamente a su madre y el otro a su padre.

Pero no se entretuvo en averiguar quién tenía más razón. Tomando por un brazo a la atónita Glenda, masculló:

—¡Vamos! ¡Pronto!

Tiró de ella para sacarla de allí. Volvieron a oírse unas maldiciones mientras ellos corrían pasillo abajo.

Clay gruñó:

—¡Por las escaleras principales no!

Giraron por un pasillo más estrecho que había a la izquierda. Clay no sabía dónde se estaba metiendo, pero no le importaba tampoco. Lo único que buscaba era salir de allí, perderse en la noche y en la tormenta, donde era muy difícil que les atrapasen. Lo demás, lo que fuese a suceder luego, no le importaba porque era imprevisible. Porque pertenecía al mundo remoto de las cosas del mañana.

La muchacha le seguía como una sonámbula. Parecía no darse cuenta de la exacta realidad de lo que sucedía.

Pero lo cierto era que se movía con la agilidad de una gata. Les bastó medio minuto para encontrarse con una polea, con su cuerda y todo, que descendía hasta las profundidades de la casa por el hueco de una escalera en reparación. Clay se dio cuenta de que allí podían ganar el tiempo decisivo.

—Sujétate a mí —le dijo a Glenda—. ¡Cuélgate de mis hombros!

—Pe... pero ¿para qué?

—¡Hazlo y calla!

Glenda obedeció y entonces Clay se sujetó con ambas manos a los dos cabos de cuerda de la polea, el de la derecha y el de la izquierda, para dejar ceder poco a poco uno mientras descendía el otro. Teniendo que cargar con su propio peso y con el de Glenda, aquélla era la tarea de un titán, pero la desesperación da a un hombre fuerzas que normalmente no tiene. Empezó a descender mientras sentía que sus manos se abrasaban.

Glenda fue inteligente y le ayudó. No se limitó a estar colgada de él. También sujetó las cuerdas con ambas manos y coordinó sus movimientos con los de él, hasta llegar a los sótanos de la casa.

Porque aquella escalera en reparación descendía hasta los sótanos, pero daba la sensación de que nada había sido tocado en mucho tiempo. La polea estaba cubierta de polvo. Abajo también había polvillo de cemento, que nadie había hollado. De las paredes se desprendía un fuerte olor a humedad.

—Tengo la sensación de que nadie ha puesto los pies aquí en mucho tiempo —dijo Clay, mientras se soplaba las palmas de las manos—. ¡Maldita sea! ¡Ni que me hubiesen despellejado vivo!

—Es que nos hemos despellejado —susurró ella—. ¿Tú crees que la policía se dará cuenta de que nos hemos escapado por la polea?

—No. Desde arriba da la sensación de que es imposible huir por

ahí. Pienso que buscarán en otros sitios.

—¿Y nosotros qué haremos mientras tanto, Clay?

—Trataremos de huir. Creo que estamos en un sector de Alone Manor que nadie frecuenta. Será relativamente fácil salir de aquí.

Y fue a tirar nuevamente de ella, pero ahora la muchacha no se movió. Con sus ojos claros y limpios seguía mirándole fijamente. Mientras negaba con la cabeza susurró:

—¿Por qué todo esto, Clay?

—Te he dicho antes que no lo sé.

—De acuerdo, no lo sabes, pero te lo has preguntado a ti mismo muchas veces desde que me viste, y quizá has llegado a una conclusión. ¿Cuál es?

—Quizá a la conclusión más sencilla del mundo: la de que uno necesita a veces creer en la gente.

—¿Y por qué crees en mí y no crees en el inspector Mark?

—Pues porque tú eres... eres...

No hacía falta decir más. Estaba todo clarísimo. Era el lenguaje más sencillo del mundo, el lenguaje que desde el primer día de la Creación usaron un hombre y una mujer.

—Porque yo soy yo, ¿verdad? —musitó ella.

Clay dijo con un hilo de voz:

—Sí.

No hizo falta nada más.

Sus labios se encontraron brevemente.

Chocaron un momento en el aire.

Ella musitó sencillamente:

—Gracias.

Y penetraron juntos en aquella oscuridad insondable, aquella oscuridad en la que se ocultaba un enigma, un misterio. En la que se ocultaba quizá la voz de la muerte.

Pero ellos aún no lo sabían.

CAPÍTULO XIII

En la enorme y vacía estancia de aquel sótano —la parte más vieja de la casa— imperaba la oscuridad, pero la lividez de los rayos se filtraba por las rendijas. Y fue una de esas claridades espectrales lo que les permitió ver lo que había en aquella estancia.

Y lo curioso era que, aparentemente, no había nada.

Sólo unos cables y unas abrazaderas de metal en el suelo. Nada más. Y una pared donde había una parte algo más clara, una parte rectangular, como si un cuadro que ya no estaba hubiese dejado allí su marca.

Luego se hizo la oscuridad. Volvieron a no ver nada.

Pero los relámpagos se sucedieron a continuación con tal rapidez que fue como si tuviesen una luz encendida allí dentro. Y eso fue lo que permitió a Clay mirar con más atención las pequeñas abrazaderas y los cables eléctricos.

La muchacha susurró:

—¿Por qué miras eso? ¿Qué importancia tiene?

—No lo sé.

Pero las facciones del joven se habían crispado. Sus ojos demostraban una terrible concentración.

Los truenos lo llenaban todo.

Parecía como si tuvieran la tormenta dentro mismo de la casa.

—Es curioso —dijo él—. Se trata evidentemente de unos cables eléctricos que se enchufan allí y producen descargas a través de las abrazaderas. Más bien parece un instrumento de tortura, pero...

—¿Pero qué?

Ella también parecía ansiosa. Respiraba entrecortadamente.

—¿Pero qué? —repitió.

—Yo he visto a veces fotografías de instrumentos semejantes, usados por algunas policías del mundo para hacer hablar a los detenidos, pero aquí las abrazaderas que sujetan a uno y que

transmiten la corriente, son muy pequeñas. De ningún modo servirían para torturar a un hombre, y ni siquiera a un niño.

—Pues entonces... ¿para qué?

Clay cerró un momento los ojos.

Sus músculos temblaron.

Diríase que hubo una contracción en su boca.

El pensamiento maldito había pasado ya por él.

Con voz que no parecía la suya, dijo:

—Para torturar a un perro...

La muchacha parecía no haber oído bien. Le miró como si él fuese un alucinado. La idea debió tardar mucho en penetrar en su cerebro, porque transcurrió un tiempo que pareció infinitamente largo antes de que dijera:

—¿Para qué un perro?

—Para enseñarle a odiar.

—No te entiendo, Clay.

—Pues está muy claro: para enseñarle a odiar.

—¿A quién?

—A ti —dijo él, con voz ronca.

Otra vez los músculos de la muchacha sufrieron una crispación. Otra vez pareció tardar un tiempo infinitamente largo en captar aquella idea.

—Tú estás loco, Clay —musitó quedamente.

—Por el contrario, todo va Concordando. En esta monstruosa amalgama de cosas que no tienen explicación, voy captando un rayo de luz.

—¿Por qué no te explicas, Clay? Si lo haces, quizá te entienda.

—Intentaré hacerlo. Imagina un pastor alemán, que es un perro fuerte y noble, dotado de mucha sensibilidad y una gran memoria. Imagina que lord Caniff lo traía aquí bajo los efectos de un soporífero, para que no ofreciera resistencia.

—¿Lord Caniff?

—Sí. Espera. ¿Imaginas la situación?

—Trato de imaginarla.

—Bueno, entonces haz como si vieras al perro aquí. Caniff le aplicaba los electrodos cuando aún estaba sin conocimiento y luego desaparecía. Esperaba a que el perro se recuperase para dar la

corriente, *siempre sin que el animal le viera*. Cuando lo tenía desmayado a causa del dolor, lo sacaba de aquí.

—Pero, entonces, ¿a quién veía el animal durante el suplicio?

—A ti —repitió Clay.

—¿Queeeeé?

—Ya sé lo que vas a decirme: que tú no estabas aquí, y que caso de estar no hubieras consentido esa tortura. Claro que no. Pero bastaba tu retrato. Eso es lo único que veía el perro. La idea de dolor, de miedo y de odio se relacionó con tu imagen. Por eso, cuando te viera, te perseguiría hasta el fin del mundo.

Ella le miró atónita. La luz de un relámpago cruzó su cara. Con voz que era apenas un soplo, preguntó:

—¿Qué retrato?

—El que vimos antes. Fíjate en la marca que ha dejado en la pared, indicando que estuvo mucho tiempo aquí. Lo digo midiendo a ojo, pero las medidas coinciden.

—Yo diría que sí, pero no acabo de... de...

—No acabas de entenderlo, ¿verdad? Lord Caniff quería aprovechar todos los elementos de la maldición, porque es cierto que la maldición existe, y en ella se habla del perro.

—Oye, Clay, yo...

—Tú sabes cosas que no me has querido contar, Glenda, quizá porque no estás segura de ellas o porque forman parte de una historia que no te gusta recordar. Pero el retrato que vimos arriba no era tuyo, ¿verdad? Con ese parecido asombroso, ¿de quién era?

—Tú... tú puedes imaginarlo, Clay. Date tú mismo la respuesta.

—Era de tu madre, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tenía tus mismas medidas? ¿Por eso te caen bien sus vestidos?

—Sssss... Sí.

—¿Y qué hacían los vestidos de tu madre en la casa de lord Caniff? ¿Y su retrato, sobre el cual hizo él pintar luego una rosa roja, para relacionarlo con la idea de los asesinatos? ¿Qué hacía su retrato?

Ella tragó saliva. Se notaba que tenía que hacer un gran esfuerzo para contestar. Al fin dijo con voz opaca:

—La verdadera historia no la sé, Clay.

—¿Tu madre había vivido con lord Caniff? Por la que veo era una mujer de fantástica belleza. ¿A qué se dedicaba?

—Era... actriz. Pero supongo que una actriz ligera... Fue una de las primeras que se quitaron la ropa en el escenario. En aquel tiempo, eso era decir mucho.

—¿Tú vivías con ella?

—No. Yo vivía con unos tíos. Realmente jamás nos vimos mi madre y yo.

—¿Uno de sus enamorados fue lord Caniff?

—Por lo que sé, he de deducir que sí.

—¿Vivieron juntos?

—Supongo que las pruebas están claras, ¿no?

Clay se mordió el labio inferior.

—De modo que ella era algo así como... como su querida —dijo.

—No me gusta la palabra, pero supongo que es la más exacta —confirmó ella con desaliento—. Y hoy las mujeres somos mucho más libres..., pero en aquella época lo de mi madre tenía su importancia.

—¿Murió aquí?

—No.

—¿Pues dónde?

—En una casa donde no he estado nunca. Un sitio llamado Horse Manor.

Clay palideció terriblemente.

Sus manos temblaron un momento en el aire.

Balbució:

—Dios santo...

—¿Qué te pasa, Clay?

—Ahora lo voy comprendiendo toda, mejor. Las cosas concuerdan.

—¿Qué... qué dices, Clay?

—Horse Manor era la casa del último de los muertos. Del hacendado Harrison.

Ahora la que palideció terriblemente fue la muchacha. Balbució:

—No me digas que... que se fue con él.

—Claro que sí. Los hechos lo demuestran. Y debió irse también con otros dos ricachones de la comarca: Ratbone y Bishop. Todos han muerto. Tu madre no debía ser un dechado de virtudes en el

contacto con los hombres, Glenda, pero no hay que juzgarla. Quizá fueron los hombres los que la dañaron, los que la estropearon, los que la enseñaron que en el mundo todo es dinero y sexo. Y si ella se vendió a uno, debió considerar normal venderse también a otros, pues eso era lo que debía haber hecho muchas veces una artista como ella. Pero no se dio cuenta de algo esencial: no se dio cuenta de que lord Caniff la amaba de verdad. De que había llegado a ser la mujer de su vida.

La muchacha palideció mortalmente.

—¿Y... y lo que él consideraba una traición no lo perdonó? —dijo con un hilo de voz.

—No, no lo perdonó. Yo conocía bien a Caniff y puedo asegurarte que era un hombre frío, reservado y terriblemente vengativo. Sin duda no dijo nada a los que considera ya sus mortales enemigos, pero planeó la venganza desde el primer momento. Lo primero que decidió hacer, puesto que conocía tu existencia, fue esperar a que tú crecieras. ¿Alguien te pagaba el club donde te entrenabas con el arco?

—Ganaba becas y matrículas gratuitas sin pedir las. No sé... Tuve mucha suerte.

—La suerte no es tal suerte a veces, Glenda. Había alguien que pagaba esas pequeñas cantidades, pero en el club no te lo dijeron nunca.

—¿Lord Caniff?

—Sí.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—Pará que una gran campeona de arco estuviese aquí cuando él asesinara a Ratbone con una flecha. Se había entrenado muy bien en secreto en el manejo de esa arma, del mismo modo que mantuvo secreta la existencia del perro, al cual había encerrado a cierta distancia de aquí. A Bishop y a Harrison también les asesinó él, pero la culpable tenías que ser tú. Aprovechó hasta los menores detalles de una maldición que existía, pero que no era cierta (aunque después de todo se cumplió, pues lord Caniff murió a los cincuenta y cinco años exactos), para que todas las sospechas recayeran sobre ti, para que todo concordara.

—Pe... ¿pero con qué objeto, Clay?

—Con objeto de vengarse hasta el fin. Con objeto de no

perdonar nada de lo que tu madre había dejado en el mundo: ni tú misma. Quién sabe si la muerte de tu madre no fue tan natural, Glenda. Quién sabe si lord Caniff empezó ya entonces su condenada venganza.

La muchacha negó con la cabeza, mientras desencajaba sus ojos como si no comprendiera nada aún, como si aquellas ideas no penetraran en su cerebro.

—Recibiste un mensaje para venir aquí justamente hoy, ¿verdad? —pregunto Clay.

—Sí.

—¿Te lo enviaba lord Caniff?

—Sí.

—¿Qué te decía?

—Que recibiría noticias de mi madre.

—Dios santo...

—Pero no puede ser, Clay. El no pudo cometer esos crímenes. El... *está muerto*... Lo han matado también.

—Ésa era su última jugada maestra, Glenda. Ahora lo comprendo. Tenían que acusarte forzosamente a ti porque él no había hecho ningún mal. El estaba muerto... Pero no es cierto. El estaba vivo cuando cometió esos crímenes. Luego, cuando lo tuvo todo terminado, todo a punto, se suicidó.

—¿Suicidarse? —preguntó la muchacha, con un gemido—. No es posible... ¡No pudo hacerlo! ¡El estaba dentro de la habitación y el cuchillo fuera! *¡No pudo hacerlo!*

Clay no contestó.

Sólo besó a la muchacha un momento.

Besó sus labios y sus mejillas sobre las que resbalaba el llanto.

CAPÍTULO XIV

Mark estaba fuera de sí.

Habitualmente era un policía sereno, flemático, pero ahora había perdido el control de sus nervios. No parecía el mismo. Con voz destemplada enviaba a sus pocos hombres por todos los rincones de la casa. Daba órdenes y contraórdenes. Alone Manor se había convertido en un caos.

—¡Por el otro lado de la casa! ¡Por el garaje! ¡Revisad el exterior! ¡Salid con un patrullero! ¡Pueden haber llegado al bosque!

Cambiaba de tal modo las órdenes que nadie se entendía. Era inútil pretender que aquello tuviera la menor eficacia. Los policías ya no sabían por dónde andar.

Después de llamar nuevamente por teléfono para pedir refuerzos, volvió al lugar donde estaba muerto lord Caniff. No se había quedado nadie vigilando allí, porque todos los hombres disponibles estaban buscando por la casa. Y, al avanzar por el pasillo, Mark ya se dio cuenta de que algo extraño ocurría.

No supo al principio lo que era, pero un instante después se dio cuenta. Por todos los infiernos... ¡La daga con la que mataron a lord Caniff ya no estaba!

¡Pero en cambio vio sobresalir el mango por la puerta entrecerrada!

¡La hoja no! ¡La hoja estaba dentro de la habitación!

¡Aquello no tenía sentido!

¡No se entendía!

Pero lo entendió aún menos cuando le llegó la voz desde dentro de la habitación:

—¿Qué le parece? ¿Me suicido, Mark?

Mark estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque había reconocido aquella voz. Era, ¡la del propio Clay!

Un estremecimiento le recorrió. A causa de una baja de tensión, las luces de la casa estuvieron a punto de apagarse. Con la mirada vidriosa, Mark siguió contemplando como un obsesionado el mango de aquel cuchillo.

—Entre —dijo la misma voz de Clay—. Queda un resquicio para que su cuerpo pase, inspector. Pero no empuje demasiado la puerta.

Mark obedeció.

Se sentía como hipnotizado.

Y, pese a saber que allí podía haber una trampa mortal, penetró en la habitación como un autómatas. Vio entonces el cuerpo de lord Caniff.

Estaba como antes. Nadie lo había tocado.

Pero vio también algo más.

La punta de la daga.

Y entonces lo comprendió muy bien.

Con la puerta entreabierta, uno podía hacer pasar la daga junto a los goznes, de fuera adentro. Manteniendo la puerta (que era muy sólida y pesada) en el grado justo de abertura, la daga quedaba sujeta como hubiera quedado sujeta, por ejemplo, una nuez antes de ser partida. El mango quedaba fuera y la hoja dentro.

Clay musitó:

—Veo que se va dando cuenta, inspector.

—¿Qué demonios es... es esto?

—Lo que ha ocurrido. Lo que explica la muerte de lord Caniff..., sin intervención de nadie.

—No lo entiendo. Explíquemelo mejor, maldita sea.

—Pues es sencillo. Mire: yo he hecho lo mismo que hizo lord Caniff, quien antes había desaparecido teatralmente por una salida secreta, llegando hasta aquí después de cometer tres asesinatos. Como ve, la hoja de acero sobresale junto a los goznes de la puerta, justo a la altura de mi corazón. No tengo más que avanzar un poco para clavármela. Ni siquiera la toco. Antes la he colocado usando guantes y no hay huellas de mi mano ni en el mango ni en la hoja. Ahora el arma se sostiene sola mientras yo mantenga una razonable presión de la puerta sobre el mango y el nacimiento de la hoja. Para eso me basta con tener la puerta casi semicerrada, apretándola.

Tras una breve pausa, mirando siempre al asombrado policía, añadió:

—Pero si yo me clavo la hoja hasta el fondo, parece que el cuchillo haya de ceder y salir hacia fuera a causa de mi propio empuje, ¿no? Pues no es así... Porque al apoyarme en la puerta en el momento de clavarme el cuchillo, yo la empujo, tiendo a cerrarla y acentúa la presión sobre el arma. La muerte puede ser casi instantánea, pero permite al que hace eso cumplir con una última y sencilla voluntad: retroceder un paso hacia atrás desclavándose la hoja (lo que es muy sencillo porque obedece a un instinto casi natural) y al dar el paso hacia atrás tirar de la puerta para abrirla. La hoja queda sin sostén, el cuchillo cae y, por el mismo peso del mango, queda en la parte de fuera. Usted llega más tarde y ve el puñal en el pasillo y el muerto en la habitación. ¡Imposible! ¡El suicidio es imposible! Pero se ha equivocado, Mark... ¿Lo comprende ahora? ¿Se da cuenta?

Mark parecía haberse quedado sin voz.

Le costaba respirar.

¡Claro que se daba cuenta!

—¿De modo que lord Caniff... hizo eso?

—Encontrará sus huellas en el pomo, porque para entonces ya había tenido que quitarse los guantes. Y no hay huellas de nadie más. Compruébelo.

Mark sentía unas gotas de sudor en su frente.

—¿Pero por qué había... de hacer eso?

—Para acusar a Glenda, inspector.

—No tiene sentido. No lo entiendo.

—Lo entenderá muy bien, Mark, en cuanto yo se lo explique. Podría acompañarme un momento y tendremos una conversación muy larga.

—¿Sobre qué?

—Sobre mil cosas. Ah. Y además hará una prueba. Colocará al perro delante del cuadro de Glenda que hemos visto antes. Se dará cuenta de lo que pasa y entonces me creará más. ¿Cómo un perro puede odiar a un cuadro? Eso le demostrará muchas cosas, inspector... Como le demostrará muchas cosas el análisis de la pintura. Podrá comprobar que el retrato fue pintado hace más de veinte años, pero la rosa roja hace apenas doce meses. Y podrá, por tanto, ver que la persona representada allí no es Glenda.

Añadió:

—¿Vamos?

Mark no contestó.

No tenía fuerzas ni para eso.

Le siguió como un hipnotizado.

Y en la noche, como una voz humana que llegara desde la lejanía, volvió a oírse otra vez el aullido del perro.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

